AÑO V — BUENOS AIRES, 22 DE FEBRERO DE 1926 — N.o 213

BIBLIOTECA "F.V." S.L.

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10. cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

El deporte del heroísmo

Hay un heroísmo físico y anímico. Pero no hurtemos a los conceptos sus matices que los diferencian y gradúan. Nos figuramos los instantes heroicos sólo como la ignición de los valores morales. Y su reverso, la contrahechura de estos momentos únicos del espíritu humano, lo hallamos en el coraje animal del hombre, de la bestia herida o amenazada. En ambos casos obrará bajo el imperio del impulso ciego, subitáneo, del instinto de conservación.

Existen temperamentos, en cambio, cuyos valores morales se hallan en continua combustión. Viven en la perpetuidad de un heroísmo latente, presto a subir de punto, a encenderse en actos de abnegación y de un arrojo tan desinteresado que si alguien los elogiase o aplaudiese se sonrojarían o se indignarían. Creen cumplir una función natural. Parcial y relativamente, ignoran su poder heroico. Y si éstos no han abundado, existieron en la suficiente cantidad para que el mar humano, perezoso e inerte, tuviera tanta sal como el océano y se conservase inquieto, alerta, vigoroso. Porque el héroe moral, y el grande y verdadero amor, como el genio, son rarísimos y se dan parsimoniosamente, de época en época.

Y esta sal del mundo lo fueron los sumos apóstoles, sabios y profetas que la humanidad tuvo en el decurso de los siglos. Eran la suprema abnegación hecha carne, y también la protesta candente, cauterizadora de las eternas contaminaciones de nuestra especie.

De una graduación menor, de menos elevada temperatura se dan siempre, en todos los tiempos, estos arpeadices de héroes, y repentinamente surgen en una conmoción popular; o en los pequeños incidentes de la vida cotidiana, en un olvido de sí mismos, para sacrificarse a los demás. Pero son de una sola estirpe, con la misma catadura moral.

En los modernos tiempos que vamos viviendo, se ha hecho un desfogue enorme del deporte del heroísmo. Son los diletantes de la acción que se embarcan en empresas peligrosas, en un alarde de animales sanos, gozosos de hacerse besar por el escalofrío del miedo en el riesgo superado. Son ellos, quizás, los héroes subalternos, prontamente endiosados y tan dispuestos a ametrallar una cabila de moros como a arrojarse al asalto de una trinchera. En estos trances, en que el miedo interviene para requintar el placer en locura o vértigo, poca estima pueden merecernos los que las muchedumbres metropolitanas llevan en el pavés de sus anchos lomos.

En estos países subtropicales no se posee absolutamente el sentido de la medida ni el parvo límite de la discreción. Están siempre en la línea ondulante y aleatoria que va de lo sublime a lo ridículo con increíble rapidez.

Por supuesto, no somos tan mezquinos de negar arrojo, valentía, temeridad, sangre fría, completo dominio sobre sus nervios a los tripulantes del Plus Ultra. Hasta podemos brindarles gustosos nuestra admiración de hombres también de acción: aunque sea ésta de distinta calidad; mas desde allí al heroísmo, como filosóficamente debe comprenderse, media un trecho asaz largo.

En buena hora acometan la chirinada de propiciar y luego construir cuantos monumentos se les antojen en homenaje a Franco y a sus acompañantes: uno, dos tres y media docena, si esto es lo que le complace. Compliquen también en ello el entusiasmo popular para exprimirle su tanto por ciento: den pié al despertar de la ayuda reclamística de las grandes casas comerciales, las que harán donativos insignificantes, imponiendo colectas a sus empleados; y no reflexionen tampoco que los progresos de la aviación son tan rápidos que, de aquí a unos años, la nazana de Franco cobrará la misma risible proporción del crucero de Fels, quien, entonces, llegara en un solo vuelo a Montevideo. Y por cierto suscitando el ampuloso, desorbitado e idéntico entusiasmo de estos días.

Concebimos el heroísmo menos espectacular, aparatoso, rimbombante, y más subterráneo, en un silencio fecundo de secretas germinaciones. Estas hazañas íntimas de los héroes del intelecto labrando las entrañas de la arcilla humana, dejan surcos imborrables en el mundo y en la vida. Es por el ejercicio continuado del anonimato del heroísmo, que pudo llegar la humanidad a una cierta etapa de su civilización. ¿Contribuirán en algo, en cambio, estas explosiones esporádicas de los *record's* y de los *raid's*? Estamos convencidos que son de un valor convencional y en absoluto ficticio.

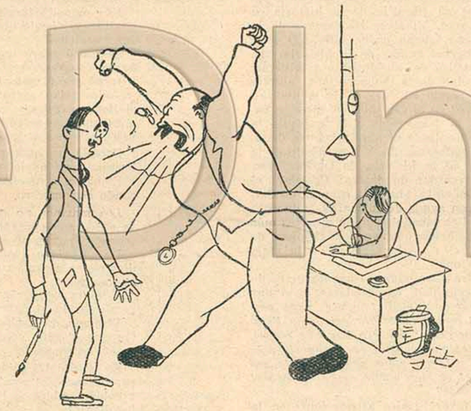
Se quiso comparar el vuelo transoceánico de Franco con el viaje azaroso de las desencuadriladas carabelas de Colón, que debía culminar el acontecimiento más grande de los siglos pasados. Fué una parodia bien grotesca, efectos turbios de un patrioterismo no siempre limpio de escoria.

Nosotros los anarquistas, sin apelar a nuestros héroes silenciosos, que esgrimieron como arma habitual el sacrificio de ellos mismos, recordamos a las excursionistas Irvine y Mallory, que después de repetidas y renovadas ascensiones, año tras año, a la montaña Everest, uno de los picos más altos del mundo, sucumbieron cuando les faltaba muy poco para llegar a la cumbre de sus ensueños.

Deporte por deporte del heroísmo, hemos de preferir el silencioso, el que se rige por el juego desinteresado de las pasiones.

A las muchedumbres humanas no les atrae esta *especie* particular de héroes, siendo ellos lo más puro, los más genuino del proyectado y utópico hombre de un futuro y lejano mañana.

BAJO EL YUGO



—Una vez más le prohibo charlar y levantar la voz.-¡Trabaje en silencio y basta!
—¡Pero usted grita mucho más fuerte que yo!
—Es diferente... Yo soy el patrón...

Los eternos títeres

En esta metrópoli tentacular donde la gente asume una gravedad asnal o fúnebre, según las circunstancias; donde la gente *práctica y seria* abunda, y es la villa más aburrida y triste de la tierra, según pública confesión de numerosos viajeros, se pasa sin transición de la carcajada chocarrera al gesto ceñudo y de engreimiento. Aquí la risa y la sonrisa están pendientes del calendario. Se ríe y se sonríe a fecha fija. Rezagos de esclavitud siguen manteniendo este espíritu rebañego. Lo más espontáneo que posee la criatura humana ha sido agostado, resecado en sus fuentes. La crudeza despiadada de la vida contemporánea ha hecho lo demás. Las escenas carnavalescas, resabios muertos de edades más o menos bárbaras como la nuestra, nos ha convenido de estos síntomas de esclavitud que aparecen y desaparecen. Se ha perdido el don de la alegría sana. Podemos afirmar que aquí, más que en ninguna parte, no hay pueblo. Es público, multitud y nada más. Algo sin cohesión, que no responde más que a bajas preocupaciones. Existirán grupos reducidos que se substraigan a esta ley general, y los que ningún influjo en el sentir colectivo pueden ejercer.

Por eso, no obstante los santos de guardar, las festividades patrias, amén de las circunstanciales; y no obstante que las diversiones libres y el libertinaje oficializado abran las puertas de par en par, el carnaval, con su carga pintarrajeada de máscaras y de disfraces estrafalarios, impregnado de fluidos de lujuria bestial, estalla cada año como un desahogo necesario a los apetitos por tanto tiempo contenidos y jamás satisfechos. Estalla entre el rasgueo de las serpentinas, el florecer de perversas pasiones, exasperadas por la abstinencia; y en los eternos comparsas de la tragicomedia universal late furiosamente el deseo interior de revolcarse en los más acres placeres, bestializarse de una vez, de regreso a una existencia ancestral. Sofrenados por las frágiles convenciones de una mentida urbanidad y bajo un continente de decencia, disimulan el desborde pasional pregonado por todos los gestos, hasta que la máscara se quiebra y se derraman en dichos chocarreros, furibundos por la impotencia de no poder ir más allá del verbo en su goce sensualista. Hartos, ricos, felices de la tierra, así como los pobres, todos se hallan en el mismo estado de erectismo.

Las cadenas que antaño dejaron sus sangrientas huellas en las carnes, siguen pesando invisibles en las actuales generaciones. Durante todo el año, y luego, sólo por tres o más días, tratan de olvidar las en la embriaguez idiotizadora de los sentidos. ¡Vaya una forma de libertarse en el regreso consciente a la primitiva animalidad! A las poblaciones no les queda otra válvula de escape: esta es la que les proporcionan sus amos en las jornadas bulliciosas de las carnestolendas. El sello de la esclavitud ha sido revelado siempre por el género de diversiones que tuvieron los pueblos. En los días de la antigua Roma, el pan y circo significaba la última degradación de la plebe romana.

Hoy los gobiernos y las clases dominantes tienen infinidad de medios para embrutecer a los que quieren conservar en la explotación del taller y de la oficina. Pero cuando la salud colectiva llega a su plenitud, éllos, los desheredados, se rebelan a imposiciones extrañas y buscan sus diversiones según sus gustos viriles. Surgen entonces las festividades al aire libre, con danzas, representaciones dramáticas y audiciones musicales en una expansión total de todas las pasiones más nobles y fecundas. Fué el pueblo de la Comuna de París uno de los que supo organizar esos grandiosos espectáculos, en los cuales participaban doce, catorce mil expectadores y eran fiestas públicas donde todos eran actores y expectadores a la vez.

Rousseau decía al respecto:

"¿Que no son necesarios los espectáculos en una república? Al contrario: deben multiplicarse. Han nacido en ella, y en su seno debe brillar un constante aire de fiesta. Ya tenemos varias fiestas públicas: pero debemos crear más. No es suficiente haber establecido la fiesta de la infancia y de la adolescencia, hay que sembrarlas durante todo el año. Mas no adoptemos exclusivamente esos espectáculos que encierran un reducido número de personas en un antro oscuro, que las mantiene inmóviles, en el silencio y la inacción. Es al aire libre, es bajo el cielo que debéis reuniros..."

Son estos expectáculos, que hermanan los hombres en el unísono de una sola emoción, que deberán oponerse al remedo de estas lupercales modernas. Parodiando una sentencia, se podrá decir que ésto matará aquéllo.

La probidad y la delicadeza son dos virtudes más fáciles de practicar cuando nada nos falta que cuando nos hallamos desprovistos de todo. — MAGNAUD

Si se desea formar un pueblo libre, pacífico y sabio, es necesario que entre él se restablezcan costumbres simples, gustos sanos, el desprecio al dinero y, para emprender y realizar grandes cosas, tener por mira puntos de vista ideales.

Juan Jacobo ROUSSEAU

La verdadera enseñanza no es la que transmite las nociones ya hechas, sino la que hace que el discípulo sea capaz de formarse por sí mismo las buenas nociones.— GERANDO

EL HILO DE ARIADNA

Apostillas a la lectura de nuestra prensa

El grupo editor de la revista *Acción* de París, ha tenido la buena idea de recoger en esa publicación una serie de opiniones sobre una eventual revolución social en España; la intención es loable, sólo que si se propusieron darnos el hilo de Ariadna para salir del confusionismo en que nos debatimos, posiblemente el resultado final sea la creación de un inextricable laberinto. Por lo demás, no es la primera vez que caemos en un verdadero abismo mental precisamente cuando nos esforzamos por encontrar el hilo salvador.

Y ahora vamos a dar una breve ojeada al primer cuaderno de la revista *Acción* sobre el tema mencionado.

La redacción ve justamente el mal en la *europeización de España* y nos congratula esa afirmación, que contrasta con algunas autorizadas opiniones, no sólo republicanas, sino también libertarias. ¿Europeizar a España? ¡Muchas gracias! Es precisamente lo que España tiene de europeo lo que nos revienta; el capitalismo, el prusianismo, el colonialismo, etc. Por desgracia, España no tiene nada que aprender de la "democrática" Francia, ni de Italia, ni de Inglaterra, ni de Alemania. Estos países podrán tener maquinaria más perfecta para embrutecer y privar de todo espíritu personal al trabajo humano, pero eso está muy lejos de ser un motivo digno de imitación dentro del mundo capitalista. Bastante se preocupan nuestros dominadores y explotadores por la europeización de España, no nos impongamos nosotros esa tarea; al contrario, en la medida de nuestras posibilidades, procuremos impedir que España se europeice. El fuego de la revolución y el espíritu del industrialismo suelen estar en la relación del agua y el fuego; claro está, nos referimos a la revolución verdadera, la revolución que tiene escrito en su bandera el pan y la libertad para todos, y no la que se contenta con derribar a Pablo para poner a Pedro en su lugar.

En una palabra: ¡Nada de europeizar a España! Estamos de acuerdo.

—

El camarada Schapiro plantea la urgencia de considerar el problema de la organización, — un problema que en España apenas tuvo opositores, si descontamos el primer período de la difusión del comunismo anárquico frente al colectivismo; su gran inquietud está en asegurar la continuación de la producción y del reparto de los productos *al día siguiente de la revolución* y para ello la C. N. T., es decir, sus comisiones administrativas, deben apresurarse a tomar las medidas necesarias. Nosotros no hemos podido comprender nunca una revolución social canalizada desde arriba, desde algunos comités dirigentes, y menos canalizada previamente. Eso no sería una revolución emancipadora. Para Schapiro es un pensamiento trágico el de la poca preocupación por los problemas del mañana. Es tal su desconfianza en el pueblo, es tal su miedo a la libertad, que lo estamos oyendo preguntarse angustiado: ¿y si la gente, al día siguiente de la revolución tiene la peregrina ocurrencia de tumbarse a la bartola y de contemplar la naturaleza desde la sombra de un árbol o de contentarse con ver lo que pasa por la calle desde la mesa del café? ¿Qué será de la revolución si no quita el látigo o el knut de manos de Nicolás Romanof para ponerlo en manos de hombres como Lenin o Trotzky?

Hemos visto siempre en esas preocupaciones, en esa desconfianza hacia el pueblo libre, uno de los escollos en que han de estrellarse nuestros esfuerzos. Schapiro no amenaza, pero Optimo lo hace y su artículo de *Solidaridad Obrera* de Gijón nos anuncia ya que a los anarquistas no nos irá del todo bien, como no nos va hoy, en un régimen social en que Optimo tuviese las riendas del poder estatal o confederal.

Hay que reconstruir la vida de abajo a arriba, pero sin llegar nunca a la cumbre, a la creación de un poder dirigente cualquiera, obrero o aristocrático. Es penoso tener que insistir sobre esto.

Nuestra revolución, camarada Schapiro, es una revolución que ha de *quebrantar los fundamentos económicos del capitalismo y no sólo sustituir la dirección y el monopolio de los capitalistas en el proceso de la producción*. Es decir, nuestra revolución no puede conservar el sistema capitalista en manos de los trabajadores o mejor dicho en manos de los *comisarios confederales*, porque los verdaderos trabajadores no tendrán mañana, en el régimen previsto por Schapiro, más derechos que el de sudar, obedecer y callarse. Sobre lo demás, la función de pensar, por ejemplo, ¡no hay cuidado, ya se encargarán Optimo y Pestaña de ella!

Nombramos a Optimo, porque nos ha llamado mucho la atención su artículo antianarquista, citado, que podría firmar cualquier discípulo de Trotzky, por no decir más. También en la revista *Acción* escribe sobre la C. N. T. y la revolución. Optimo dice: "una revolución es una sucesión de problemas. Conocer el orden cronológico de estos es la piedra de toque de la revolución"... ¿Qué quiere decir eso? Que es preciso dar rienda suelta a la fantasía e imaginarnos cada cual el orden cronológico de los problemas revolucionarios. Optimo nos sacará a relucir lo que pasó en Francia, en Rusia, etc. y nos expondrá una filosofía de la historia de su invención: *absolutismo, monarquía constitucional, democracia, gobierno sindicalista*. Así como Carlos Marx nos expuso la evolución *económica* que nos llevará al porvenir. Pero si los anarquistas, las bestias negras de Marx, han respondido a este nuevo Moisés que su legislación es una estupidez, también responderán a Optimo que su filosofía de la historia es una *macana*. Mientras las fuerzas de la libertad no tengan poder suficiente para determinar el rumbo de la historia, tan pronto se irá del absolutismo a la democracia como de la democracia al absolutismo; cuando las fuerzas de la libertad tengan voz en el capítulo, entonces se pasará de la democracia a la anarquía lo mismo que desde el absolutismo o dictadura desenmascarada. Y a propósito de la filosofía de la historia de Optimo, queremos recordar de nuevo: Castelar, el gran demócrata, abatió la comuna de Cartagena con ayuda de Bismarck, y durante la república española fueron muertos más revolucionarios que en los tiempos de Sagasta, el ridículo verdugo de la vieja Internacional.

Esta frase no merece comentario, es de una ingenuidad sorprendente: ..."hay *que plantear inmediatamente, para gastarlo, el problema de que exista un Estado democrático; por eso hay que conminar a los demócratas a que demuestren lo que son y lo que valen prácticamente, para que el camino quede expedito para el proletariado*"...

¡Por favor! ¿tales afirmaciones en la prensa obrera y anarquista?

En el mismo número de *Acción* hay un artículo del amigo Borghi sobre la *incapacidad revolucionaria de la democracia* que Optimo y los que por desgracia piensen como él no deberían dejar de meditar.

Pasemos a la *economía libertaria* según V. Orobon Fernández. Este camarada comienza por afirmar que todos los que hablaron antes que él eran idiotas, soñadores, utopistas, etc., etc. ¡La salvación está en la *economía política!* Y a propósito de economía política, queremos dar a los lectores a quienes interese, una noticia sobre nuestro estado de salud: cuando se trabaja demasiado unilateralmente, el sistema nervioso se resiente y por nuestra parte hemos sufrido algún tiempo de insomnio. El método que hemos empleado para curarnos es original y queremos recomendarlo, que nos perdonen los discípulos de Kuhne por la concurrencia que les pudiera resultar. Entre ir a comprar algunos ingredientes a la farmacia y favorecer a algún librero, optamos por lo último y hemos encargado un gran tratado de economía política pura en cuatro tomos, de cerca de quinientas páginas cada uno. ¡No hay que asustarse; no tenemos intención alguna de estudiarlos y de apropiarnos de las palabritas técnicas que contienen! Esos cuatro tomos nos sirven para calmar los nervios; apenas leemos una página nos entra un sueño bienhechor y dormimos como benditos. Por eso sentimos un gran cariño hacia la economía política.

Orobón, sin embargo, parece haber tomado en serio los camelos de los señores economistas; se advierte por la seriedad con que comienza a emplear tecnicismos económicos y a trazar planes de la sociedad futura. ¡Es lo que nos faltaba! ¡Planecitos! Es natural, nos dice, que su proyecto no quiere ser obligatorio, una regla inmutable, infalible. Lo creemos, pero si cada uno de nosotros tiene derecho a trazar un planecito de la sociedad futura y de la economía libertaria, terminemos de una vez y reconozcamos la fórmula fundamental del anarquismo rancio que Orobón menosprecia olímpicamente desde las alturas de sus grandes volúmenes de economía; digamos claro: *¡Haz lo que quieras!* y adelantaremos mucho más. Los problemas del futuro los resolveremos cuando se presenten. ¿Por qué ponernos a discutir ahora con Optimo si las ramblas de Barcelona se llamarán después de la revolución Anselmo Lorenzo o Salvador Seguí? Nosotros optaríamos por el nombre de Anselmo Lorenzo y entablaríamos una discusión que recordaría las cuentas de la moza de la cántara.

Si del ensayo de Orobón quitamos las palabritas difíciles, nos quedamos con una perogrullada más. Es lamentable ese apasionamiento y ese menosprecio del anarquismo histórico que, sin embargo, tiene una base superior a todas las recetas de los innovadores: ese anarquismo histórico es un movimiento proletario que se nutre en primer lugar de las *propias experiencias del proletariado*. Mientras Orobón no comprenda ésto, continuará lanzándonos recetas librescas y planecitos y continuará insultando y llamando idiotas a los que no comulgan con las ruedas de molino de los señores economistas y luego nos echará la culpa de los desastres del movimiento por no haber hecho caso de su novísima sabiduría. Pero no, amigo, los problemas de la revolución no se resuelven con el compás y la regla en el gabinete de un matemático, ni esperan su solución de los profesores de economía, los problemas de la revolución han de ser resueltos por los trabajadores que almacenan diariamente nuevas experiencias y que no tienen tiempo suficiente para abrir gruesos libros. Contra los imperativos: *¡el señor, tu dios, ha dicho que debes hacer esto o lo otro!* o *¡el profesor fulanito de tal dice esto o lo de más allá!* — el anarquismo dice a los hombres: *¡Haced lo que queráis! ¡Obrad como os dé la gana!*

Y si alguna vez estallase la revolución, esperemos que los camaradas de la C. N. T. responderán a los que vayan a preguntarles lo que hay que hacer: *"¡Haced lo que os dé la gana!"*

D. Abad de Santillán

EL SALTO

Un barco había dado la vuelta al mundo y regresaba al puerto; el tiempo era hermoso, toda la tripulación se hallaba sobre cubierta.

Un mono grande divertía a los pasajeros.

Ese mono brincaba, saltaba, hacía muecas, imitaba a las gentes; y, viendo que se ocupaban de él, continuaba sin cesar sus ejercicios.

Se lanzó sobre un niño de doce años, hijo del capitán del barco, le arrancó el sombrero, que se colocó sobre la cabeza y trepó por el palo mayor.

Todos reían; pero el niño, con la cabeza desnuda, no sabía si llorar o reirse.

El mono se sentó sobre una gavia y con sus dientes, con sus uñas, se puso a destrozar el sombrero.

Parecía que quería hacer rabiar al chico mostrándole el sombrero y haciéndole señas.

El chico le amenazaba, le insultaba; el mono seguía destrozando el sombrero.

Los marinos no cesaban de reir; de repente, el muchacho se puso muy encarnado y rabioso, se quitó la chaqueta y dispúsose a perseguir al mono.

De un brinco llegó hasta él; pero el animal, más ágil y más diestro, se escapaba en el momento que el niño creía alcanzar el sombrero.

—No te escaparás — exclamó el chico — mientras trepaba persiguiendo al mono.

El mono, de trecho en trecho, lo llevaba cada vez más arriba, sin que el niño consiguiera su propósito; pero éste, lleno de furor, no renunciaba a la lucha.

En lo alto del palo, el mono sujetándose con una mano a una cuerda, puso el sombrero en el extremo de la gavia más alta y subió también él hasta arriba; desde allí se reía y enseñaba los dientes.

Desde el palo hasta el extremo de la gavia donde se encontraba el sombrero, había más de dos metros de distancia, de manera que no era posible apoderarse de él sin soltar la cuerda y el palo.

Pero el chico estaba muy excitado, soltó el palo y pasó a la gavia.

Todo el mundo miraba y se reía de aquella lucha entre el mono y el hijo del capitán; pero cuando vieron que el niño había soltado la cuerda y se colocaba sobre la gavia, todos los marineros se quedaron helados de miedo.

Al hacer cualquier movimiento en falso podía estrellarse contra el puente y si conseguía apoderarse del sombrero, no podría bajar.

Todos aguardaban con ansiedad lo que iba a suceder. De repente alguien dió un grito de terror.

El niño miró hacia abajo y se estremeció.

En aquel momento, el capitán del barco, el padre del niño, salía de su camarote armado de una escopeta, con intención de matar gaviotas; vió a su hijo en lo alto del palo y dirigió el arma contra él, gritando: ¡Al agua, échate inmediatamente, al agua o te mato! El chico vacilaba, no comprendía.—¡Salta o te mato! A la una, a las dos.—Y en el momento en que su padre gritaba: ¡A las tres! el niño se precipitó en el mar.

Al cabo de cuarenta segundos, que parecieron un siglo a los presentes, apareció en la superficie el cuerpo del niño. Lo alcanzaron y lo transportaron al barco; pocos minutos después el chico arrojaba agua por la boca y empezaba a respirar.

Cuando vió el capitán que estaba salvado, lanzó un grito, como si alguien lo ahogara, y huyó a su camarote.

LEON TOLSTOY

EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

II

La leyenda de Prometeo que en un vuelo temerario trajo el fuego del alto carro del sol, ha excitado en todos los tiempos la fantasía de los poetas y les ha dado materia para sublimes poemas. Los creadores de las máquinas han sido raramente cantados en la poesía, y sin embargo su hecho es digno del atrevimiento de un Prometeo. Más aun: sus creaciones están en un entrelazamiento mucho más decisivo con nuestra vida, y se han vuelto más decisivas para nuestra existencia que aquella llama traída por Prometeo a la tierra. Su extensión no puede ya provocar temor en nosotros. Hemos descubierto el secreto del fuego y podemos producirlo en todo tiempo y en todo lugar. Pero con la supresión del maquinismo que nos rodea — incluída la moderna técnica instrumental — quedaría todo paralizado. Las ciudades sucumbirían de hambre en pocos días y toda nuestra actividad sería condenada de repente a la infecundidad, porque hemos olvidado a trabajar sólo con nuestras manos.

Esta dependencia de los hombres actuales de los instrumentos creados por la mano del hombre mismo, constituye también la diferencia más acabada de nuestra vida respecto a la de los pueblos antiguos. Lo que hemos producido con la mano o el cerebro en los últimos siglos, había sido superado en belleza e ímpetu por hombres que vivieron millares de años antes de nosotros en la tierra. Ni nuestras artes ni nuestro pensamiento soportan una comparación con lo que nos ha quedado de los tiempos prehistóricos.

¿Cómo es que esos pueblos tan evolucionados no pensaron nunca, como nosotros, en hacer realizar el trabajo cotidiano por instrumentos complicadamente construídos y en descargar al hombre de ese esfuerzo? Una explicación de esto la constituye la frondosa fecundidad de sus países que no conocían la verdadera preocupación por el pan cotidiano. Pero una segunda explicación y más completa, se encuentra en el hecho que casi todos los pueblos del período prehistórico habían cedido los trabajos corporales a los esclavos. Esa severa separación del pueblo en una minoría simplemente disfrutadora, y en una mayoría forzada exclusivamente a la labor, continuó largo tiempo en nuestra historia y fué finalmente superada en las ciudades de la edad media. Tan sólo la ciudad medioeval elevó el trabajo a la libertad y ennobleció lo que antes se tenía por deshonroso.

Es también en ese tiempo cuando — aparte de algunos rudimentos en Egipto — nos encontramos con los primeros ensayos de poner medios técnicos de ayuda al servicio del hombre. Uno de los primeros iniciadores en este dominio es Leonardo De Vinci, que junto a Miguel Angel es la figura más sobresaliente del Renacimiento. Ya antes de él había comenzado una verdadera fiebre de invenciones. En todas partes se experimentaba y se investigaba. El espíritu inventivo se volvió con preferencia a la solución de absurdas contradicciones, como la cuadratura del círculo. Junto a eso el objetivo de todos los investigadores es el descubrimiento del Perpetuum móbile, del movimiento continuo y de la fuerza eterna. Tampoco se pasa por alto en esas investigaciones la técnica de las armas. Desde que se hizo uso en la batalla de Crécy (1346) del descubrimiento de Bertoldo el Negro, en la guerra, se trabajó incesantemente en ese tiempo, rico en guerras, en el perfeccionamiento de las armas para la pólvora. Las invenciones en este dominio son significativamente las únicas que encontraron al mismo tiempo un empleo práctico digno de mención. Las demás invenciones son sólo en muy pocos casos aplicadas prácticamente.

Eso no sólo ha dependido de que el valor práctico de muchas invenciones de aquel tiempo de inquieta rebusca, estaban en evidente desproporción con las descripciones generalmente ampulosas de sus generadores, descripciones que recuerdan el reclame moderno. Más decisivo fué que la necesidad de artículos al principio quedó limitada y faltaban también capitales necesarios para la introducción de métodos mejorados de producción. Sin embargo, entretanto habían tenido lugar acontecimientos que vencieron lenta, pero en el curso del tiempo cada vez más decididamente los cuadros económicos conocidos y obraron en el sentido de la ampliación de las necesidades y de la producción. Nos referimos a los grandes viajes marítimos de fines del siglo XV. Mediante ellos, se agrandó de un golpe el mundo, infinitamente. Las nuevas colonias exigían una afluencia ininterrumpida, y creciente de artículos de los países originarios y con el tiempo la piratería transatlántica se convirtió en navegación comercial.

Las nuevas necesidades cayeron; pues, en consecuencia, en una contradicción cada vez mayor con la economía urbana medioeval. Esta era una economía ajustada a las necesidades. La producción se regulaba estrictamente según las necesidades de la propia comunidad urbana. El comercio y el tráfico de artículos puede decirse que no existía.

En una gran lucha secular es vencida la contradicción y el orden económico de la ciudad medioeval, desechado en favor de la economía nacional o estatal. Naturalmente, esa transformación se realiza primeramente en aquellos países en donde se vierte más la corriente de oro de las nuevas partes de la tierra y nuevos intereses coloniales son más manifiestos. También es aquí donde encontramos los primeros comienzos de la forma fabril, la *manufactura*. Aunque fundamentada en la habilidad artesana, la manufactura es ya una forma fabril capitalista. Recibe ese carácter justamente por dos singularidades: de los artesanos hace jornaleros y descompone la producción en muchos procesos de trabajo especiales. Lo que hasta entonces era realizado por un artesano, pasa ahora por las manos de muchos. La manufactura no hace ya uso, pues, de todas las habilidades del artesano, sino sólo de una parte de ellas.

En consecuencia tiene lugar también la modificación de las herramientas. Estas se adaptan a la actividad singular de cada obrero y esa "diferenciación de los instrumentos de trabajo" es la que lleva por sí misma en cierto modo al pensamiento de hacer pasar el movimiento de las herramientas simplificadas de la mano a la máquina.

Con eso se ofrecieron tareas concretas a los inventores que experimentaban sin plan alguno y así encontramos también con la difusión creciente de la manufactura un número cada vez mayor de innovaciones y desenvolvimientos técnicos prácticamente aplicables.

Pero tampoco la producción manufacturera podía cubrir las necesidades en aumento. No obstante toda la superioridad frente al artesanado puro, estaba sin embargo demasiado ligada a la voluntad de trabajo de los hombres. Pero los artesanos de aquel tiempo se atenían a las tradiciones medioevales. Según éstas, el hombre no estaba allí simplemente para trabajar, sino ante todo para vivir. El "lunes azul" y el sábado libre después de mediodía, permanecieron en pié lo mismo que los innumerables días de fiesta. En vano intentó el patronato romper esas tradiciones y prolongar la jornada de trabajo.

Ante todo existía la aspiración de suplantar la fuerza física necesaria para poner en movimiento las máquinas. Donde existía agua corriente, pudo llevarse a cabo ese propósito por medio de las ruedas de agua primitivas, pero justamente en la minería, donde eran necesarias muchas fuerzas, la naturaleza había generalmente privado de ese socorro; se dependía en general de la energía de los músculos humanos. Era una labor indeciblemente penosa. Diariamente debían trepar millares de hombres a la rueda que ponía en función la bomba absorbente del agua de las minas. A un inglés se le ocurrió el pensamiento de hacer pasar esos trabajos a una máquina que crease ella misma su fuerza. Ese hombre fué el inolvidable Thomas Savery, que transformó la energía del vapor, conocida desde hacía siglos, en fuerza motriz y construyó una máquina que levantaba y bajaba sola el brazo de la bomba. Su construcción tenía aún muchos inconvenientes — ante todo el excesivo empleo de carbón necesitado por la utilización ineconómica del vapor producido—, pero tenemos en ella la primera máquina de vapor destinada a un trabajo práctico, que luego, con los mejoramientos apropiados, debía llevar a una completa transformación de la producción y con ello de las condiciones económicas generales. Fué el desenvolvimiento que le dió Watt medio siglo más tarde, lo que dió a la marcha triunfal del vapor su tempestuosa celeridad.

La vía que seguía la manufactura fué definitivamente abierta. El músculo humano había encontrado un suplemento mil veces más poderoso. Con ello quedó libre el campo para la introducción de máquinas que exigían grandes y complicados empleos de fuerza. En todas partes donde los hombres actúan aparecen repentinamente nuevas combinaciones de herramientas. Ante todo en la industria textil producen una verdadera revolución los inventos del barbero Arkwright y del cura Cartwright, pues hicieron posible la producción en gran escala.

En vano se defienden los gremios contra el empleo de esas nuevas máquinas, en vano se refieren a la completa ruina del artesano independiente. Todas sus protestas se estrellaron en el poder del vapor a quien se somete toda la producción, llevándola definitivamente del taller y de la vivienda del artesano independiente a la fábrica. Esto, claro está, es sólo simbólicamente justo, pues el vapor no es ni voluntad ni dominador. Pero lo fué en las manos de aquellos que disponían de medios para utilizarlo.

Ya en las próximas décadas,, la instalación de la primera máquina de Watt nos da una espantosa ilustración. Mientras que en la segunda mitad del siglo XVIII se había conseguido muy poco imponer a los trabajadores un aumento digno de mención en su jornada y ni siquiera las autoridades públicas a quienes se apeló pudieron favorecer esas aspiraciones, con la posibilidad de un empleo mayor de las máquinas a vapor mediante el invento de Watt, cambió repentinamente el aspecto de la cuestión. El primer efecto de su introducción, rápidamente multiplicada, fué que una gran parte de los trabajadores quedó sin trabajo y la carencia de brazos dominante en todo el período precapitalista, que se había agudizado especialmente con la aparición de la manufactura, se transformó en un cierto excedente. Por primera vez surgió una reserva de obreros, que ciertamente fué absorbida en su mayoría de nuevo por las industrias que nacían simultáneamente — ante todo por la industria de las máquinas y por la mayor obtención de metales exigida.

(El ímpetu con que la producción fabril desalojó la producción artesana puede calcularse por el hecho que ya en 1810 trabajaban en Inglaterra 5000 máquinas a vapor).

La máquina entrañó además otra consecuencia: ensanchó el círculo de los trabajadores. Con la descomposicion cada vez mayor del proceso de trabajo en actividades especiales y su ejecución por las máquinas, cesó su dependencia de la habilidad personal de los obreros. Para la vigilancia de las nuevas máquinas podían emplearse obreros sin oficio.

Cuan desconsideradamente se hizo uso de esa posibilidad nos lo dice una simple ojeada a las condiciones sociales de la clase obrera inglesa en la primera década del siglo pasado. En el curso de dos décadas se redujeron los salarios de los artesanos a una tercera parte.

Así pues, el primer círculo que la máquina obrera, imaginada como un beneficio, traza, no es un mayor bienestar y enriquecimiento de la vida por la liberación del trabajo, sino una miseria creciente, una mayor fatiga y — al menos en lo referente al artesano y a la industria — una violencia no conocida ya desde hacía mucho tiempo.

No es ningún milagro que el pueblo laborioso se opusiera con desesperación a esa esclavización y que en primera línea hiciera a las máquinas objeto de su furor. Comienza un movimiento colectivo. El proletariado se recuerda de su fuerza física y la descarga en las creaciones inanimadas del espíritu de inventiva que hizo cada vez más inútiles a sus manos. Es la época de los lulditas, aquellos desesperados tejedores e hilanderos que llevando en sí todavía el vivo recuerdo de un tiempo mejor, penetraron con el martillo y el hacha en las fábricas y defendieron en su sagrada locura el pasado contra el futuro, el tiempo del artesano basado en la "tierra dorada", contra la miseria de las masas creada por la época del maquinismo.

Se sabe qué conclusión sangrienta tuvo la lucha de aquellos hombres tenaces, que llenó los años 1811 y 1812. Dejando ya a un lado la ardiente intercesión de un poeta de la importancia de Lord Byron, tuvieron que subir por docenas al cadalso. Pues las máquinas estaban protegidas por leyes más severas que los hombres privados por ellas de su pan.

Con eso se decidió definitivamente el destino de los hombres y de las máquinas cima de cadáveres se abrieron éstas el camino como una potencia igualmente fecunda en creación y en destrucción, en bendición y en maldición, que todavía encanta y espanta continuamente a nuestra generación.

Pero así como en el maquinismo una creación puso fin a otra y preparó otra nueva, a aquella heroica sublevación de los lulditas siguió unos años más tarde un nuevo movimiento de los trabajadores. Estos no descargaron ya su irritación contra aquellos muertos, sino que comprendieron cada vez más claramente que no eran las máquinas en sí, sino aquellos poderosos que disponían de ellas por la fuerza de su capital, los causantes de su fatalidad; aquellos poderosos que pudieron falsear la potencia destinada a servir a los hombres en una potencia que los dominó. Por primera vez reconocieron los obreros que también las máquinas rehusan producir cuando ellos les niegan el servicio de sus brazos en una decisión armónica. Vemos encenderse los primeros movimientos huelguistas, como símbolos luminosos de un poder nuevo, hasta entonces no comprendido y verdaderamente no comprensible: la agrupación del proletariado para la conquista de sus derechos económicos y políticos. El obrero no se

considera ya como un individuo, como un abandonado ineludiblemente a su destino, sino como miembro de una masa unida en el mismo destino. Ahora sabe también que una resistencia y una lucha individual es inútil y tiene que serlo, y que el valor y el sacrificio personales sólo son fecundos cuando se unen a la totalidad de sus compañeros de destino. Y lo que es más importante: la mirada no es ya dirigida al pasado, al tiempo que no puede resucitarse ya de los gremios o gildas, sino que es presentado un nuevo ideal como objetivo de lucha: la comunidad popular socialista.

El maquinismo no sólo ha dado así un arma a los capitalistas, sino también a los trabajadores, pues por esa agrupación de un número creciente de obreros en un establecimiento se dió también una base material importante para su asociación en una comunidad de lucha inspirada por una voluntad.

Pasaron aún años y décadas hasta que ese conocimiento pudo llevar a la formación de poderosas asociaciones. La clase dominante comprendió pronto la amenaza que debía significar la agrupación orgánica de los trabajadores para su dominación y trató de reprimirla con los párrafos de la ley que estuvieron pronto a su disposición. Primeramente tuvo que conquistarse el derecho de asociación en duras luchas. El proletariado inglés lo consiguió tan sólo en 1846.

Han pasado más de cien años agitados desde aquella sublevación elemental del proletariado contra los brazos férreos. De Inglaterra pasó la revolución industrial al continente europeo. En Alemania entró proporcionalmente tarde. Las continuas guerras habían cubierto este país, excluído de las fuentes coloniales, de espantosa pobreza y rehusado las condiciones materiales previas para la introducción de maquinarias costosas. Pero ya antes de la implantación de las primeras máquinas habían proyectado éstas su obscura sombra en Alemania y conmovido en élla una próspera industria artesana. Nada se ganó con que los laboriosos tejedores de Silesia prolongaran su jornada hasta la alta noche y con que obligaran a las mujeres y a los niños a trabajar en el telar y en la rueda de hilar; ni la fuerza unida de todos los brazos de la faminia pudo resistir la concurrencia con Inglaterra en donde predominaban las máquinas textiles a vapor.

El mismo destino de los hilanderos y tejedores tocó en el curso del tiempo a casi todo el resto de los artesanos. Ninguna rama de la actividad humana quedó inmune de las máquinas. En todas partes apareció como un ser misterioso y suprimió o destruyó los oficios que alimentaban las familias.

Como un acontecimiento de los más ricos en consecuencias se demostró la invención de Stephenson, que consiguió transformar el vapor en fuerza motriz y con ello superar el mayor obstáculo que se presentaba en el camino del ensanchamiento de la producción: la distancia. Sólo penosamente podían los hombres que vivían en un mismo país entrar en comunicación mutua y transportar por los caminos las materias primas y los productos. Ciertamente el país había sido cruzado en el siglo 17 y el 18 por una red de caminos, pero sin embargo desproporcional. En oposición a la tierra, el agua no había obrado nunca como factor de separación. Sobre las olas del mar emprendieron ya los fenicios atrevidos viajes comerciales a los países más lejanos. El agua se apareció incluso a todos los pueblos primitivos como algo que unía las distancias. Por eso tocó al invento de Stephenson una importancia desigualmente más decisiva que al barco de vapor construído unos años antes por el norteamericano Fulton (1807).

Pocos años después, la mayoría de los países europeos eran recorridos por los rieles ferroviarios, por los cuales circulaban los trenes como arrastrados por caballos vaporosos. Los hombres se aproximaron entre sí, pero eso sólo fué un fenómeno accesorio del nuevo sistema de comunicaciones y de transportes. El ferrocarril no sirvió preferentemente a la comunicación de las ciudades y aldeas esparcidas por el país, sino más bien a su integración en la producción industrial. Donde fueron colocados rieles que atravesaban vastos valles hasta entonces en el período anterior al maquinismo, allí levantaron pronto sus largos cuellos las chimeneas de las fábricas.

Simultáneamente las máquinas fueron mejoradas sin cesar, el giro de los volantes precipitado y creadas nuevas combinaciones que simplificaban cada vez más la vigilancia y el servicio de los hombres. Pero en oposición a los tiempos anteriores, donde los mejoramientos o innovaciones surgían más o menos de la intervención feliz de los profanos, la técnica se convirtió ahora en objeto de investigación especial. El inventor sin plan y que seguía sólo la conducción insegura de su fantasía, fué suplantado por la ciencia que procede por el cálculo y la observación estricta de las leyes de las fuerzas naturales y artificiales.

No se puede pensar aquí en dar un resumen, aunque sólo sea muy somero, de los innumerables mejoramientos que debe la técnica a esos numerosos hombres que han trabajado desde el comienzo del siglo pasado con un celo infatigable, sin vacilar ante los fracasos y las burlas, en el perfeccionamiento de los métodos de producción y en la invención de otros nuevos. En labor unificada han creado verdaderos monstruos mecánicos que, servidos por muy pocas manos, no sólo suplen un elevado número de artesanos instruídos de otros tiempos, sino que levantan como jugando las cargas más pesadas y doblan bloques de hierro como si fueran pasta de pan. Han surgido gigantes férreos del trabajo que no se habría atrevido a soñar la fantasía más temeraria al comienzo de la revolución industrial.

Es una obra gigantesca la que ha erigido, en el curso de pocas generaciones, el hombre jamás en paz. Un moderno Prometeo, ha creado de las arterias roqueñas de nuestras montañas una nueva generación animada con vapor y electricidad, que se abre sin egoísmo como las creaciones de Dédalo o el trípode de Efeso para el trabajo sagrado y que mueve por sí misma sus mil brazos. La leyenda de la "fábrica sin obreros" no es ya ninguna broma. El ingenio humano ha desechado el sudor de los hombres, y no sólo ha desalojado la mano de la fábrica moderna, sino también el espíritu humano.

Artes plásticas polacas

Fué en la pinacoteca Percier, de París, que Eugenio Zak expuso unas cuantas acuarelas con un núcleo de pintores rusos de vanguardia. La revista francesa "L'Art Vivant" reprodujo una de ellas, entre los trabajos de otros artistas, los mejores de ese grupo, Tereschkowicnt y Ghoutchenko, ambos muy personales, no obstante la influencia experimentada por ellos y ya superada del cubismo en un sentido más realista. Hay que confesar que poco añaden de valor a su obra todas estas sus nuevas producciones; a pesar de las críticas favorables y muy elogiosas de algunos cronistas parisienses de gran renombre.

El grupo de escultores de entonces, aunque numerosos, no estuvieron a la par de sus colegas, los pintores, y sobre todo no ofrecieron un conjunto tan homogéneo, ni una orientación definida en lo tocante a las características regionales; poseían facilidad, brío, abundaban en ideas plásticas, pero se hallaban demasiado cerca al occidente de donde tomaban todas las inspiraciones, sin que pudieran asimilárselas y en cierta manera hacerlas suyas. Faltó a la escultura polaca un escultor, un estatuario de gran estilo como Ivan Mestrowik; no escasearon los talentos exhuberantes, los virtuosos, más brillantes que profundos y más versátiles que firmes en la prosecución de un solo propósito, en el logro de un ideal de perfección nunca alcanzada, pero siquiera entrevista y puestas las miras en ella. Mientras los pintores paisajistas, retratistas y de todo género, tomando quien más, quien menos, lo que les convenía, venido de fuera, intentaban reproducirlo en acento vernacular, los escultores practicaban un cosmopolitismo un poco desmedrador para ellos. De todos, el más hábil, el más elegante fué Eduardo Wittig, muy admirado en un tiempo en París, especialmente por parte de los ricos y los poderosos, a quienes pudo halagarlos con sus retratos un tanto adulones. Como la Gandara, Boldini y otros artistas, quienes hacen su fortuna con el mundillo de los felices, Eduardo Wittig tuvo su época de gran boga en los salones mundanos. Lo que prueba que sólo hubo de ser polaco de nacimiento. No obstante estar convencidos que al arte no puede encerrársele en las fronteras de un determinado país, deberemos reconocer que si el artista es sincero, debe empezar por expresar lo suyo, lo que se halla ante sus ojos, lo que él conoce mejor, lo que más haya vivido en su fuero interno. Y por más que adopte un lenguaje parecido en muchos contactos al empleado en otras tierras, siempre habrá algo de peculiar, identificándose donde más permaneció, ya, siendo su aldea, o ciudad, o el lugar del país donde se aclimató. Tomemos, por ejemplo, tres escultores célebres, algunos geniales, que tuvieron y tienen todavía una gran significación en la escultura contemporánea; Rodin, Medardo Rosso e Ivan Mestrowik: los tres tienden a la universalización de sus conceptos plásticos, y a pesar de eso son tres tipos étnicos distintos y definidos. Hay algo de la italianidad en la conformación de uno y de los personajes que representa; como lo habre de gálico en el otro y de eslavo en el tercero. Es el límite hasta donde puede pedirse al artista que realice arte nativo. Se confunde ciegamente el nacionalismo con lo regional y vernacular; tres cosas, aunque parecidas, asaz diferentes. El arte nacionalista es una aberración, y un fenómeno semejante puede durar en estos países advenedizos, que instantáneamente quisieran poseer un arte propio, o sea en el curso de pocos años. Sin tradiciones; sin la impregnación cultural necesaria para adecuar el ambiente hacia los anhelos estéticos; sin un sedimento artístico de su antepasados, más que las sombras de las artes aborígenes, restos indecisos, borrosos, topografía sensitiva de una raza ultimada, mal puede pretenderse un ligero asomo de originalidad en las manifestaciones colectivas de sus planteles de artistas. El nacionalismo en arte es la ficción patriótica que quiere engañarse a sí misma: completamente artificial cuando consigue acaparar algunos artistas, que son los más avejentados.

Estamos rebatiendo algo tan endeble y tan inconsulto, que, si no fuera por los adictos que tiene aquí, entre los artistas y los legos, no hubiésemos dicho una sola palabra. Lo regional, siendo la fisonomía viva de las poblaciones, es susceptible de infiltrarse en las producciones artísticas, por medio de las costumbres, el color peculiar, el lenguaje, y puede ser meramente pintoresco en la obra de arte. Lo vernacular es la esencia, lo íntimo de todo eso, color, lenguaje, costumbres y configuración arquitectónica de una determinada comarca. Si especialmente se refiere a los idiomas, es por ser ellos los depositarios de todos los tesoros de una raza. Quedamos en lo artificioso del nacionalismo artístico; en la viviente apariencia de lo regional; y en lo substancial de lo vernáculo. Como hasta ahora lo hicimos notar, el arte polaco se detuvo nada más que en el regionalismo, sin ir más allá. Sus escultores, como Estanislao Osztrowski, casi imitador de Canonica, uno de los buenos escultores italianos de aquel entonces, no supieron zafarse del influjo fascinador de ciertos maestros de occidente. Sin embargo, muchos de sus retratos femeninos están modelados con noble prestancia; con rasgos firmes, y son de un admirable color. A veces languidecentes y de un romanticismo muy de moda entonces, supieron llamar la atención por la delicadeza de su sensibilidad. Muy solicitado por la aristocracia de su país y por la burguesía rica, pasó como uno de los buenos artistas de su tiempo. Algunos discípulos siguieron sus huellas, sin que por eso pueda decirse hiciera escuela, como un Juan Matejko y Juan Stanislawsky, el paisajista. Enrique Hochmann es mucho más expresivo y se apega, está fuertemente adherido al terruño. Pudo concebir y realizar un "Hebreo orando", que en algo hace recordar al escriba egipcio acurrucado, y también algunas figuras incaicas

JOSE MEHOFFER — "Los elementos subyugados" (Decoración)

sobre el mismo tema. Es un hebreo de Galitzia, de extraordinario carácter, retoño de una raza de costumbres extrañas, con una ritología religiosa casi opuesta a sus coetáneos de otras regiones. Este verdadero maestro, con un temperamento más alemán que eslavo, trabajó mucho en este medio, dejando una serie de máscaras en las cuales se retratan verdaderos estados de alma: místicos en éxtasis; otros de serenidad beatífica; unos de frenesí fetichista, auténticos rostros de poseídos; facciones de histeria; otros de ocultación medrosa, como del criminal que esconde en los repliegues de su alma la sangre que virtió; perfiles de garduña, narices corvas, con el sello de la rapacidad estampado en la cara, en fin, toda una galería de tipos de esta raza milenaria que crece en todas partes como los yerbajos en los barrancos, en las paredes, entre las piedras, extendiendo sus ávidas raigambres por doquier, no importándole el odio, el desprecio, la enemistad de los hombres, la ingratitud de un supuesto cielo católico romano, soportando privaciones, humillaciones sin cuento. De factura tosca, la ejecución Hochmann tiene un sabor rústico que se aviene con toda justeza con el sujeto tratado. Neutro de colorido, por la sobria austeridad del modelado, que únicamente busca sorprender el fugaz y volandero gesto o mohín de una boca femenina, el rasgado sesgo de unos ojos, hay veces que le basta la indicación sola de estos rasgos para darle un extraordinario relieve a la fisonomía que quiso traducir sumariamente. Pero su hábito se halló más bien lejos de estos métodos impresionistas, por decirlo así. La necesidad que le imponía el modelo, es lo que determinaba estos cambios de técnica. En los niños y en las mujeres parecía que apelara a medios más ingenuos, más primarios para expresarse. En cambio, Constantino Laszczka, dedicado exclusivamente a este género infantil, empleando otro tecnicismo realizó cabezas de niños vivaces y graciosas, sin que pudiera llevarlas al carácter, como lograba hacerlo Enrique Hochmann. De vena fácil, pudo arrojar al mercado del arte una producción abundante, que luego podía ser reproducida industrialmente. Dado un poco a la bonitura del bibelot, en ese género frívolo de una ornamentación muchas veces banal, descolló y cumplió en cierta manera su misión de artista menor. Ya en su madura edad, reaccionó, mejorando mucho su labor, dejando bustos y cabezas de cierta importancia. Juan Scepanowski también incurrió en los mismos defectos de su colega anterior, aunque en su obra total le sobrepasó, aventajándolo, siendo comparado con Osztrowski, el celebrado maestro de aquel tiempo. Su producción se compuso en su mayoría de retratos. Atildado, justo siempre de valores, frío, un poco fotográfico, era de una gran corrección, lo que constantemente le valió el favor público. Todo el mundo sabía que por lo menos el parecido era exacto, y para el gusto común nada hay que lo complazca más. Anastasio Lepla, de quien se publica un busto en estas páginas, es el escultor decorativo de este grupo. Ya en esta escultura nos da a entender algo de esto. Hay una manera de manipular la materia en vista del efecto, del brusco contraste, que condice perfectamente con los ornamentistas de fachadas, cuando eran los buenos tiempos en los cuales los artesanos artistas se entregaban a tales menesteres. Esta modelación va, naturalmente, en detrimento de la solidez. Si su estructura armoniosa lo salva de la frivolidad decorativa — no hablamos solamente de esta cabeza — se enfrasca un poco en el arabesco por el arabesco. Sus bajorrelieves fueron justamente celebrados por las escenas campestres, así como por la agilidad de la técnica. Hizo, además, grandes frescos de barro desbocando libremente su fantasía, representando mitos, leyendas, historias, siempre adornados con la flora peculiar de su país. Tuvo el don de captar el aspecto decorativo de los elementos, sin poseer ese otro poder, tan necesario a la perdurabilidad de la obra de arte: desentrañar tras lo aparente lo que es eterno. En una palabra, de su inspiración, de su contacto con la naturaleza, no supo seleccionar entre lo valedero y lo perecedero. Su vasta labor, sin ser desdeñable, puede ser distinguida en lo que se diferencia de la mayoría de sus colegas de esa época.

Axentowicz es el escultor que con Eugenio Zak, prolongándose más allá de sus coetáneos, anuncia la renovación de una forma nueva de arte. Instruído en las modernas escuelas francesas, que partidas del noble realismo de un Rodín se internan en las profundas fórmulas geométricas, para obtener una mayor agudeza y sobriedad por sus ángulos múltiples, pudo crear algunas esculturas impresionantes por cierto sentido oculto que había en ellas. De todos, fué quizás el más poeta. El *Dante*, que llevara al último límite de la expresión de severo ensimismamiento ideal, ha sido calificado por la crítica contemporánea de concepción filosófica. Eminentemente plástico, en el número mayor de sus obras, se complace todavía en el asunto anecdótico, sin que la robustez de la construcción se resienta por ello, y quizás gane.

ANASTASIO LEPLA — "Cabeza viril"

Hubo un tiempo — así como lo hiciera Estanislao Wyspianski — que en el afán de la búsqueda tangible de ciertos símbolos, estuvo a punto de caer en lo mórbido y lo monstruoso. Era una de estas producciones, la de cuatro mujeres de edad indefinible, tocadas con indumentarias modernas, en que una está por caerse, otras danzan, y otra, decapitada, inclínase reverenciosa; y hay en todas ellas, particularmente en esa cabeza arrancada del cuello, como otras tantas testas de trágica historia caídas en el cesto del verdugo, tanta amargura y pavor como en los más terribles cuentos de Poe. Sin embargo no fué éste el género en que estuvo mejor ni dió todo lo que tenía en sí. Cuando un arte invade los dominios de otro, padecen ambos. En este período, un sí es no es malhadado para él, no hizo buena escultura, y, por supuesto, ni una óptima literatura. En las postrimerías de su madurez la salud le volvió, emprendiendo una obra sana y activamente plácida.

Después de la emancipación nacional, Polonia y sus artistas, por el doble contacto de Rusia, donde impera en todo su vigor un novísimo módulo de arte, y de Francia, la originaria, evoluciona rápidamente, presentando en la última Exposición de Artes Decorativas uno de los pabellones que más atrajo todas las atenciones. Era una adaptación feliz y viva de las tendencias modernas con acentos propios de su alma eslava.

De ello y de los artistas que se distinguieron en esta singular ocasión, se hablará algún día. La visión retrospectiva se completará con la actual, haciendo posible una más intensa comprensión —At.

El espíritu necesita, lo mismo que el cuerpo, de una continua alimentación siempre adecuada a su capacidad asimiladora. — LA MOTHE LE VAYER

EL HORROR DE LA GUERRA

...Sí; hay algo que sobrepasa todos los horrores; existe una realidad que supera las más atroces pesadillas, y es esta:

Vivir, ver el sol, hallarse poseído plenamente de una fuerza viril, tener salud, alegría, reír abiertamente, caminar hacia la gloria, sentirse el pecho y los pulmones que respiran; un corazón que palpita, tener una voluntad poderosa; pensar; abrigar esperanzas; amar; tener una madre, una esposa, hijos; gozar de la caricia de la luz y, repentinamente, en un abrir y cerrar de ojos, caer, derrumbarse vertiginiosamente, viendo las mieses, flores, ramajes, los cielos, y no poder asirse a nada, comprobar la inutilidad del esfuerzo al esgrimir el sable; sentirse pisoteado por hombres y caballos; sentir que una coz os hace saltar el ojo de la órbita, sofocarse, retorcerse, quedar un instante quieto y pensar: **HACE UN MOMENTO YO ESTABA VIVO**...

VICTOR HUGO

HEROES DE AYER, DE HOY Y DE MAÑANA

La multitud necesita adorar. Si no tiene héroes — porque no existen o porque no es capaz de verlos —; se los crea. El comandante español Franco, es el último héroe salido del horno del entusiasmo público. La muchedumbre lo ha fabricado héroe, y lo lleva sobre sus lomos, acostumbrados a llevar cargas más pesadas, por cierto, que la de este idolillo fugaz y sonriente.

¿Qué clase de héroe es éste al que un público internacional y salido de todas las clases, aclama? ¿Cuál es su proeza?: No es nada más que un héroe del valor físico, colocado un tramo encima de un soldado, un boxeador o un torero. Y esa misma multitud internacional y salida de todas las clases sociales que hoy victorea a Franco, es la que victoreó a un soldado ebrio de pólvora, de alcohol y de inconsciencia que conquistara banderas al enemigo; es la misma que se enfurece rugiendo el nombre del torero que mata con habilidad a la bestia cansada y desangrada, y es la misma que se desgañita mugiendo por el boxeador que pega con la necesaria fuerza y precisión para desmayar a un semejante. A veces va más lejos la multitud traspasa los límites de lo humano, aunque en desmedro de ella misma, y adora, victorea y ruge entusiasmada por un caballo de carreras: El caso del caballo Botafogo, ídolo antes de ayer de la multitud de Buenos Aires, está demasiado reciente para que lo olvidemos. Y esa misma multitud es la que ayer ennegreció la Avenida de Mayo en loor del boxeador Firpo, un hombre de un valor intelectual y moral poco más arriba que el de un caballo. Hoy vibra por Franco. Bestia expansiva la multitud que tiene el grito y el aplauso siempre a flor de su entusiasmo: voz de su ingenuidad.

Esta vez no se admira sólo la hazaña, pues, de haber sido turco o japonés el aviador, Buenos Aires no se hubiera desbordado como lo ha hecho. Esta vez intervienen los factores de la soberbia racial y de la vanidad patriótica. La hoterada que el Día de la Raza se echa a recordar la hazaña de C ón — discutida como tal por los historiadores sagaces —; se echa ahora, frenética, a vivar a quien pudo venirse, volando, de España a América, y eso siendo latino, más aún: ¡español! La raza se ha salvado. España ya ha salido de su decadencia, pese a sus frailes, sus toros, sus políticos, su monarquía, sus militares, su analfabetismo y su vergonzosa, lamentable guerra de Marruecos. España, porque Franco ha hecho lo que ha hecho, ya puede equipararse a las naciones más adelantadas del planeta. No importa que no tenga industria ni ciencia, no importa que su porcentaje de analfabetos y de tísicos sea pavoroso; no importa que su pueblo aborregado soporte mansamente, una dictadura militar y una guerra de rapiña; no importa que sus escritores — salvo Unamuno y Samblancat — se hayan mostrado una recua de cobardes, sin un grito contra los conculcadores del derecho, contra los violadores de la ley fatal de la evolución. Los latinófilos, los hispanófilos no ven, no pueden ver, borrachos de júbilo, todo esto; y prefieren cantar, chillar, pasear, brincar. ¿Una proeza española? ¡Hacía tanto tiempo que la multitud no veía una que ya se había olvidado que los españoles son capaces de hacer proezas! La de Unamuno, diciéndole todas las verdades al mequetrefe del rey y perdiendo sus cátedras, saliendo desterrado; no cuenta. La de Cajal, silenciosamente doblado 40 años sobre el microscopio; ¿es hazaña?, se preguntarán los patriotas españoles. Coincidente con Franco, está en Buenos Aires, Rey y Ortega, un gran histólogo español. ¿Qué patriota español lo conoce? Bien es cierto que Rey y Ortega — como Cajal — ya no son orgullo de una patria, su obra pertenece a la humanidad. Precisamente esto es lo que no han comprendido los que ven en la acción de Franco una hazaña de un hombre, de un hombre español, de un hombre latino. No ha habido aquí, hazaña de un hombre, de una nacionalidad, de una raza. Si ha habido hazaña, lo es de la ciencia; y la ciencia — como el arte, más que el arte — es internacional. El vuelo de España a América, tiene precedentes. Franco tiene precursores. Antes que se construyera — en Italia y por industria alemana, su prodigioso aparato; muchas tentativas se han hecho, mucha energía, mucho fósforo cerebral, hasta mucho valor físico ha gastado y malgastado la humanidad para que él fuese posible. Franco no brotó por generación espontánea. Es una consecuencia de todo lo realizado por españoles, ingleses, alemanes, yanquis, japoneses, italianos, rusos, americanos, etc., etc., por hombres de todas las nacionalidades, razas y continentes. Triunfa en Franco, no una raza ni una nación; sino la humanidad entera. Para que Franco llegara, victoriosa, fácilmente desde Palos a Buenos Aires; ha sido necesario sembrar mucho dolor humano, mucha angustia, mucha inquietud. Son millares el número de aviadores de todas las nacionalidades, muertos en la conquista pacífica del aire. ¿Para qué contar los que murieron matando?

Franco es un hombre con suerte. El ha realizado lo que otros muchos, hoy, son capaces de realizar. Esta no es una afirmación arbitraria. Recuérdese lo hecho por los aviadores yanquis en su vuelo alrededor del mundo, por De Pinedo — italiano — desde Roma a Tokio, por Pelletier — francés — desde París a Tokio, por Alcock y Brown — ingleses — desde Terranova a Inglaterra, por Zanni — argentino — desde Amsterdam a Tokio, por Sacadura Cabral — portugués — desde Lisboa a Noronha; y se verá que el raid del comandante español es una etapa, muy meritoria, de la aviación universal.

No quiero restarle méritos, sino ser justo. Y es justicia decir que Franco no merece la apoteosis personal que se le está haciendo. El es otro colaborador que se agrega al número de los tantos que están conquistando el aire para la humanidad, para que los pueblos se vinculen, se conozcan, se amen. No es ni el más glorioso ni el mejor. Ni es el pináculo de la aviación como esta ridícula apoteosis (en la que el periodismo mercader tiene tanta culpa y de la cual medra), como esta hiperbólica apoteosis pretende hacernos

creer. Dentro de cinco años, otro aviador, quizás congolés, quizás guatemalteco, habrá realizado tal cosa que el nombre de Franco será un eco débil, un reflejo pálido de la gloria, de esa misma que él creerá, en este momento, una hembra a él entregada.

Franco tiene este mérito: pese a su investidura militaresca, es un "héroe" de la paz. Es también un hombre valeroso, pero su valor es físico, puramente. ¿Y todavía la humanidad ha de estar postrándose ante los héroes del valor físico? Poco tiene que agradecerle a los tales. Ellos siempre la han oprimido — guerreros y gobernantes — o la han brutalizado — toreros y boxeadores. El valor físico es una cosa vulgar. La historia cuenta por millones a los héroes del valor físico. El hombre, por lo común, es un animal valiente, mata y se hace matar, todos los días, por motivos bien fútiles y muchas veces sin motivo, sin saber por qué: ahí está el caso del valientísimo pueblo español desangrándose en Marruecos. El valor físico es útil; pero siempre que esté al servicio de la razón o del espíritu. ¡Loado sea el valor de Lutero, desafiando al poder papal y exponiendo su vida por la verdad! ¡Loado sea el valor del anónimo abnegado que se tira al mar para salvar un prójimo que no conoce! El valor físico es necesario. Sin él, no puede haber valor intelectual ni moral, pero él solo, es un elemento animal que no merece la idolatría que la humanidad le viene prestando desde hace tantos siglos.

Ya es preciso que la humanidad comprenda que hay valores más altos que el brutesco valor físico. Existe el valor intelectual y más aún: el valor moral. Fabre, entomólogo francés, trabajando 40 años en la pobreza y el anónimo, es un héroe intelectual. Gandhi, renunciando a su carrera de abogado que lo hubiera podido enriquecer, por considerarla indigna: es un héroe moral. La multitud que aclama a Franco, a Firpo o al caballo Botafogo; comprende vagamente — cuando lo acompaña el éxito — a un héroe intelectual. La acción de un héroe moral — al que nunca acompaña el éxito — se le escapa completamente. No se ha perfeccionado lo bastante para comprenderla. Claro está que cuando la multitud pueda comprender a un héroe moral, habrá dejado de ser multitud: esa masa informe y berreante que se aglomera detrás del vencedor del momento.

El pueblo español cree héroe a Franco, porque tuvo el valor físico de probarnos que la mecánica internacional ha adelantado lo suficiente hasta hacer posible el vuelo de España a la Argentina en 5 etapas. Si un soldadito, de los muchos que llevan a carnearse en Marruecos, se le plantase al coronel del regimiento y le gritara: "¡Tome mi fusil!" "¡Yo no mato!"; el pueblo español no lo creería héroe, lo creería traidor. ¡Pobre pueblo! No sólo el español, sino todos los pueblos; porque los pueblos, todavía, están muy atrasados en su evolución. Todavía no piensan, se dejan conducir por los prejuicios; ni sienten, todavía se dejan arrastrar por las pasiones: La guerra mundial lo ha demostrado.

Y que Franco no es héroe de hoy — héroe intelectual — ni de mañana — héroe moral —; sino de ayer, un vulgar héroe del valor físico; lo prueba el hecho de que ningún poeta lo ha cantado. Todos los días, en todos los diarios, se publican millares de versos en su loor. Todos malos, pésimos. Todos tartamudeos, ya estén ellos firmados por el trivial Fernández Moreno que manosea los tópicos de la madre patria o por el mercachifle Villaespesa que, a cuatro patas, se encarama por los peldaños de la historia. Un poeta, poeta de verdad, con ideas nuevas y sentimientos nuevos, no puede cantar a Franco, héroe de ayer. Luego Franco no es un héroe. La humanidad no vive de sombras, no se nutre del pasado; sino de hoy y de mañana. Héroes aún: héroes capaces de arrancar el himno de un gran poeta, son los del valor moral, los que están dispuestos a su propio sacrificio para que la humanidad enderece un grado más sus vértebras, en su ascensión del oblicuo cuadrumano hasta el hombre.

Y, entre tanto, mientras el pueblo español, con el pretexto de Franco, se emborracha de palabras gruesas y de lugares comunes; siguen marchando soldaditos, a mutilarse y matarse en Africa, para defender las minas de los capitalistas españoles, de los ladrones de su trabajo, vampiros de su sangre.

Alvaro Yunque

Buenos Aires, febrero 1926.

UNA CARTA INÉDITA DE PEDRO KROPOTKIN

(*Conclusión*)

Si los castillos no hubieran ardido desde mayo de 1879, no habría habido ni la toma de la Bastilla en julio, ni la noche del 4 de agosto. Y al decir eso tengo la ventaja de estar con Taine, — el único, salvo un poco Kareef (que es de la misma opinión) (23), que ha estudiado los movimientos que han precedido la revolución del 14 de julio. ("Conozco 300 motines antes del 14 de julio" dice Taine que no conocía forzosamente más que una pequeña parte — pues la mayoría de los "materiales feudales" había sido incendiada). La Jacquerie, comenzada desde 1788 (24) y que duró hasta 1792, las seis jacqueries de que habla Taine, fué el fondo sobre el cual se desarrolla la revolución *y sin el cual no habría habido revolución.*

¿Los individuos? ¿Cree que Bakunin no valía por un Danton y Guillaume por un Robespierre? Es ese fondo de la *jacquerie* campesina y obrera en todas las grandes ciudades del noroeste, del este y del suroeste lo que les faltó para llegar a ser las grandes figuras históricas de sus predecesores.

Su concepción de la Comuna es también absolutamente contraria a todo lo que yo oí decir a los comunalistas (25). El 18 de marzo, es todo París. Entre las elecciones — digamos entre el 1.o de abril y el 21 de mayo, día de la entrada de los versalleses —, la cifra de los defensores de la Comuna fué en disminución, y nunca — he preguntado especialmente sobre este punto a Lefrançais, Pindy, etc. — nunca tuvo la Comuna en abril y mayo más de 10.000 hombres para defender a París. Sobre este punto han sido muy afirmativos. El 21 de mayo, a la noticia de la entrada de los versalleses, el pueblo se ha sublevado a la voz de Delescluze: "¡Bastante de galones!" etc. Y como por lo bajo se masacraron 23.000, hubo por lo menos 50.000 en las barricadas.

En todas partes, siempre, TODAS las revoluciones — intelectuales y de hecho — se hacen por las minorías. Sólo que, ¿de dónde vienen esas minorías? ¿Quién da el primer impulso en la calle? ¡Ciertamente no los ambientes burgueses! (26). Siempre los ambientes obreros, incluso Barcelona.

(*Más tarde Kropotkin insertó al margen lo que sigue:*)

Esto se presta quizás a malentendidos. He aquí mi idea: Los motines vienen siempre de los oprimidos, del pueblo. Llega un momento en que el descontento del pueblo corresponde al descontento (nunca, dispuesto a volverse activo) de la "inteligencia", de la burguesía (27). Entonces se produce la revolución (28).

Las *Jacqueries*, las guerras de los campesinos, Stenka Razin, Pugatschef; también Milán, Trieste (29), Lyon en 1830... etcétera, he ahí los grandes motines. Todo eso más el impulso de los descontentos burgueses, y tiene Vd. la revolución de 1789 (*Fin de la intercalación*).

Y es natural. Creía que para todo socialista, para todo anarquista, eso era un punto adquirido. ¿Vd. me hace pensar que habrá, que volver a escribir todo eso?

—Pasando con Vd. a otro asunto, no veo ninguna razón para su pesimismo. La revolución, como el industrialismo, marcha desde 1864 del oeste al este: Inglaterra, Francia... le toca a Alemania, ahora que se aproxima a su 1848, como Rusia se aproxima a su 1789 (un poco más avanzado). Entretanto Inglaterra y Francia aprovechan los frutos de la revolución en el país que les sigue en revolución, para dar un paso hacia adelante.

En tanto, en el siglo XIX intervino un nuevo factor: las facilidades del transporte, que permitían el comercio mundial, el comercio interior formidable (en América, en Francia, en Rusia), y la conquista de millones de esclavos en el continente negro y amarillo (30).

Además la derrota de Francia, Metz a las puertas de París (31), vuelven a Francia militarista. Todo eso tiene la revoción.

Sé que el período actual que atravesamos en Inglaterra dispone al pesimismo. Pero, sabe Vd. que nuestra tristeza, nuestro pesimismo debido al *failure of England* (32) no es más que el resultado de nuestra ignorancia? Eliseo no debe ver en la Inglaterra moderna más que lo que preveía hace tanto tiempo, cuando le predecía la muerte como a España. Por ignorancia protesté cuando me lo dijo un día en 1881. Pero era por mi ignorancia. ¿Cuándo tuvo Inglaterra en su política exterior una actitud menos abominable que en el presente? Las islas Jónicas (Gladstone) y Pretoria (*same* Gladstone) (33) son las únicas excepciones. Pero Pitt, pagando a Rusia, a Prusia, al Austria para combatir a Napoleón, el bombardeo de Copenhague y el de Alejandría, Inglaterra pagando a Polonia para insurreccionarse y a Turquía para combatir a Rusia y dejando aplastar a una y a otra, etc., etc. — Pitt, Palmerston, Disraeli, Chamberlain — ¿en qué es peor el cuarto del *quatuor* que los otros tres? ¿En qué hubo decadencia?

(Kropotkin agrega como *nota bene*:) ¡también el ascendiente de la bolsa, como en la Génova del siglo XVI, en Venecia, en Roma, en Cartago!

Inglaterra debe perecer, a menos que haga la "revolución de las Comunas", — la disgregación del Estado, — y tome la iniciativa (o siga a Francia) repitiendo la revolución del siglo XVII).

En cuanto a América, — vaya allá; vale la pena, y cambiará, yo creo, completamente de idea. "América país del dólar", es una aserción tan falsa como el "Puente Nuevo", que es el más viejo de los puentes de París. Elías Reclus me decía un día: "Si todo el mundo dice que una cosa es así, estad seguros de antemano que es absolutamente falsa". ¿País del dólar?... ¡País de los *cranks*, al contrario! y los *cranks*, son Vd. y yo, todos los rebeldes. Se compran bibliotecas y cuadros; pero les hacen falta algunos modelos para su arte, ya tan poderoso en escultura y arquitectura, aunque tan joven. He aquí mi opinión: En ninguna parte de Europa, tomando cien hombres al azar, encontrará tantos entusiastas dispuestos a avanzar por caminos completamente inusitados, como en América. En ninguna parte se atribuye tan poca importancia al dólar: ganado — perdido. En Inglaterra se estima y se *worships* el *pound* (34) — pero seguramente no en América. He ahí lo que es América. La comuna de Oregón está más próxima que la comuna de la menor aldehuela de Alemania (35).

Pero volviendo con Vd. al asunto de su carta, ¿Vd. dice que se ha cambiado de método en 1894? ¿Es verdad? (36).

El *tono* es ciertamente más calmoso que lo era entonces, lo mismo que el tono en los años 1884-90 fué más calmoso que lo había sido en 1881-82. Es uno de esos vaivenes que se encuentran en todo desenvolvimiento. El mismo tono elevado, pero ya más profundo, yendo ya más al fondo de las cosas, se volverá a encontrar cuando entremos de nuevo en un período más tormentoso. En hecho de cambio, no veo mucho.

Yo por mi parte, he sido siempre comunista, he predicado siempre — desde el *Bulletin* jurasiano a la *Révolte*, la participación activa en el movimiento obrero: *el movimiento obrero revolucionario.* Ultimamente hice mi colección de la *Révolte*. Y bien, en cada número encontré uno y a menudo dos artículos míos hablando del movimiento obrero revolucionario. Por tanto, al menos por lo que se refiere a la *Révolte*, no se puede decir que hemos cambiado. ¿Es de Pouget de quien Vd. habla, que hace la *Voix du Peuple* (37) en lugar del *Peinard*? Y bien, tiene perfecta razón si, después de haber trabajado en la *elaboración de la idea*, trabaja en *difundirla*, en hacer penetrar las ideas anarquistas y revolucionarias en el ambiente que será el único que tomará un día el fusil para hacer la revolución. En cuanto a la juventud, que a veces ha hecho artículos muy anarquistas, aun quedando fuera del movimiento de todos los días, — los unos continúan ayudándonos por medio de la pluma y el lápiz en los periódicos y las escuelas; otros, parece, van pronto a poner su candidatura — para alcanzar el perfecto desarrollo, supongo, de su individualidad... ¡A éstos, buen viaje!

No hacer jamás ninguna concesión al principio burgués y autoritario — ciertamente, es lo que nosotros debemos tener presente. Pero pretender que quinquiera que sea pudiera permanecer más altivo libertario limitándose a escribir o a hablar sobre la anarquía individualista, que tomando parte en el movimiento sindical (38) — es, querido amigo, una simple ilusión óptica. Permanecer *libre*, — para el *obrero* que *debe vender* su fuerza de trabajo — ciertamente es imposible y es precisamente porque es imposible que somos anarquistas y comunistas. Nietzsche ha podido permanecer muy libre — ¡y aún! — si tenía siervos para hacerle vivir y si se aprovechó de su trabajo para vivir. ¡Y aún! Precisamente a causa de eso no ha comprendido nada de la rebelión — permaneció *esclavo* del prejuicio burgués: ¡qué terrible ironía! En cuanto al burgués que pretende ser libre y conservar su plena independencia, cuando otros burgueses — acaba un día por venderse en cuerpo y alma a Rhodes o a Waldeck, y mientras escribe conmovedores artículos sobre Ravachol y el derecho al robo — ES ya más esclavo (de espíritu y de hecho) que el tonelero de Barcelona enrolado en la organización que firma "Salud y anarquía" y cuenta 100.000 obreros.

—Su utopía está muy bien. Es posible que pasemos por un período semejante. Pero *para llegar a él será preciso la revolución* — lo mismo que fué preciso la revolución anabaptista y luterana del siglo XVI, la revolución de Cromwell en 1648, y las proximidades de la revolución francesa para que se llegase a la tolerancia que reinaba en tiempos de los enciclopedistas. Su error principal es, según creo, atribuir a una evolución hecha por la *élite*, lo que fué conquistado totalmente por la fuerza de la revolución popular. Cien mil, por lo bajo, anabaptistas decapitados en Holanda y en la Alemania del norte (cifra dada por los historiadores recientes de la Reforma), — cerca de 100.000 campesinos muertos en la sublevación de 1525 — ¡todo eso está muy lejos de la evolución por los hombres de *élite*! Que éstos se hayan aprovechado de lo que conquistó el movimiento campesino y obrero — que hayan tenido inteligencia para hacer dar a Europa el paso siguiente hacia adelante — nada más verdadero. Pero para llegar ahí había sido necesaria la sublevación de las masas. Sin eso nada hubieran podido hacer (39).

Sí, para llegar a su idilio es preciso aun la revolución — y la cuestión está en saber: ¿qué es lo que permitirá prepararla? Ahí está todo el asunto, y Vd. convendrá que Barcelona, Trieste, Milán (40) la preparan; le dan el elemento que faltó en 1890-94: — el pueblo.

He ahí por qué considero que su comparación del movimiento anarquista unionista con el movimiento socialdemócrata es muy injusta (41). Evidentemente el movimiento español o sindical francés representa una limitación del ideal — no teóricamente, sino en su encarnación en tales hombres de tal fecha. Evidentemente toda realización en los hechos está por debajo del ideal de que toma su origen (esta carta, por ejemplo, está por debajo del ideal que me la hizo escribir). Pero ahí se limita la semejanza. Uno de esos dos movimientos es, en teoría y en la práctica, revolucionario; el otro es, en teoría y en la práctica, para las viejas supervivencias, lo contrario de revolucionario. Uno trata de precipitar la marcha de los acontecimientos, el otro de tenerlos a raya!...

Lo que podemos ver es que, dado nuestro ideal, todo lo que hagamos lleve el sello de ese ideal: que se inspire en él. Bajo este aspecto no tenemos nada que reprochar al movimiento de Barcelona que no podamos reprochar a toda actividad en 1890-94: incluso la publicación de artículos individualistas en los periódicos o también los actos individuales. (Esto — sin inspirarme en la idea emitida al comienzo de esta carta, — que el individualismo que se predicaba entonces, a consecuencia de malentendidos, no se diferenciaba suficientemente del pseudo-individualismo de los burgueses que lleva a la aminoración del individuo).

—En cuanto a Tolstoy, si no hubiera sido *cristiano* al mismo tiempo que comunista y anarquista — no habría tenido más éxito que los anarquistas, — sin hablar de su formidable talento, que hace aceptar de él (por ejemplo la negación de la justicia) lo que no se habría jamás aceptado de nosotros.

¡Pero bastante! Es preciso sin embargo acabar esta carta. Y la termino bruscamente. Mañana deberé comenzar un trabajo y no podría escribirle.

Las mejores amistades de todos nosotros

Pedro (42).

"Viola, Bromley, Kent,
20 de abril de 1902.

Es preciso, querido amigo, que le envíe por fin esta carta. Sofía había querido leerla, y además quería copiarla, pues me propongo tratar un día seriamente esta cuestión del individualismo. Incluso he comenzado, pero como eso me llevaría mucho tiempo, y aquí los copistas franceses son muy malos, ha sido preciso renunciar. Pero en sus manos, la carta no se perderá.

Tal sólo el lunes hemos vuelto con Sascha de la isla de Wight, donde hemos pasado doce días escalando las *downs* (dunas) en los alrededores de Stanklin. La salud va bastante bien. Sólo que el trabajo cerebral me fatiga siempre muy pronto..

Las mejores amistades de parte de nosotros dos. ¿Ha recibido la traducción francesa de mis Memorias, que le envié a la calle Turbigo?

P. K."

Se trataba de Autour d'une Vie *(París, P. V. Stock,* 1902, *XXI,* 536 *pág. en* 8.o)

---

(23) *Historiador ruso que estudió en París de acuerdo a los documentos de los archivos los orígenes de la revolución francesa.*

(24) *Hubo también la Asamblea de los notables en* 1787, *y en* 1788 *los acontecimientos que en ocasión de su centenario en* 1888, *se llamó La revolución del delfinado de* 1788 (*Grenoble, Vizille, Romans*), *etc.*

(25) *Había dicho probablemente y lo diría aún, que en todo lo que pasó desde el* 4 *de septiembre — jornada que dió el valor a todos, después de los años de sumisión desde diciembre de* 1851, *casi diez y nueve años, durante los cuales ninguna de las numerosas protestas valerosas encontró un verdadero eco en el pueblo —, que en todo lo que ha pasado desde el* 4 *de septiembre al* 18 *de marzo hubo la mano de un gran número de hombres y de grupos o comités, y muy poca iniciativa popular. El pueblo durante esos meses se sintió conducido por esos hombres de los comités que por lo demás le inspiraban confianza, y hubo en todo lo que pasó, mucho más iniciativa y acción consciente de un gran número de hombres que de esa espontaneidad popular que para mí es demasiado legendaria; cuando se ha dado un golpe y ha triunfado, entonces todo el mundo se remueve y se figura pronto haberlo dado, pero el golpe mismo surge muy a menudo de una iniciativa muy consciente.*

(26) *En* 1848 *al menos, y también en* 1830 *en París, obreros y burgueses participaron igualmente en los primeros movimientos, — los burgueses en calidad de miembros de las sociedades secretas y en tanto que estudiantes. En la Comuna de París, en los movimientos insurreccionales de la Internacional en Italia y en España, en todo lo que ha pasado en Rusia hubo jóvenes burgueses entre los obreros y con ellos. En los movimientos más recientes que parten de una huelga naturalmente los obreros predominan, pero Ferrer en* 1909 *y Malatesta en* 1914 *estaban también allí.*

(27) *Los jóvenes burgueses de la Charbonnerie en Francia, más tarde Blanqui y Barbés, después de ellos Flourens, ¿no han ardido de impaciencia por precipitar motines, muy a menudo sin encontrar el concurso popular cuando bajaron a la calle?*

(28) *¿No hace falta aún a la revolución un sentimiento casi unánime de todo hombre de pensamiento alerta, de que un sistema es insostenible, de que está demasiado comprometido, de que esta vez la copa se vierte? Tal fué el fin de los Borbones en* 1830, *el de Luis Felipe en* 1848, *la decadencia de Bonaparte en* 1870, *etc.*

(29) *Hay tal vez un error; al menos no conozco motín en Trieste que haya repercutido. En Milán hubo las* cinque giornate *de* 1848, *en Lyon las insurrecciones de* 1831 *y* 1834.

(30) *Africa y Asia.*

31) *Este pensamiento de la proximidad de Metz, desde* 1871 *a* 1918 *fortaleza alemana, a París, agitaba continuamente a Kropotkin.*

(32) *Son palabras de mi carta que expresan la desilusión sobre el socialismo y aun sobre el radicalismo inglés que no supo impedir la destrucción de la independencia de los Boers, ni siquiera las crueldades de esa guerra, campos de concentración, etc.*

(33) *El mismo Gladstone. En esas dos ocasiones únicas Inglaterra abandonó un territorio ocupado o anexado por ella.*

(34) *Se hace de la libra esterlina un objeto de culto.*

(35) *Creo que comprendo mejor ahora que entonces lo que hizo hablar así a Kropotkin sobre América del Norte. En ese inmenso país, desembarazado de todas las preocupaciones que pesan sobre todos los pueblos de Europa, había puesto para todos, para el dólar tanto como para los* cranks *u hombres de ideas avanzadas. Es siempre así — el dólar prospera, los* cranks *no aumentan en la proporción igual a los* Babbitts, *pero continúan sin embargo. En la época de esa carta se hablaba aún de la idea que los trabajadores avanzados tomarían un día uno de los nuevos Estados del oeste para establecer allí una república del trabajo o Comunas, como dice Kropotkin. Hoy es precisamente allí donde existen más duras persecuciones. ¡El* crank *no ha vencido aún al dólar, por desgracia!*

(36) *Se trata del movimiento anarquista.*

(37) *Pouget había publicado de* 1889 *al* 15 *de abril de* 1900 *las diferentes series de su* Père Peinard, *semanario anarquista en argot parisién, publicación única en la prensa anarquista, a excepción, quizás, de la* Freiheit *de Most, por su verba popular; al mismo tiempo, como Kropotkin, Pouget quedó siempre en contacto con los movimientos obreros. Y bien, esa voz admirable se calló en* 1900 *para siempre — los que no ayudaron bastante al* Père Peinard *son probablemente la causa directa — y Pouget redactó en lo sucesivo, por no sé cuántos años, la* Voix du Peuple, *el gran órgano semanal publicado por la Confédération Générale du Travail, a partir del* 1.o *de diciembre de* 1900. — *No fui el único en lamentar esa neutralización en un órgano oficial y oficioso de la C. G. T., de un hombre que durante once años había sido el escritor más independiente y poderoso del anarquismo francés. Sé bien que ejerció una cierta influencia en el ambiente sindicalista y que su corazón estaba ya en sus últimos años cuando hacía todavía el Père Peinard, pero su desaparición, y fué completa, del movimiento anarquista militante, mostró la debilidad del movimiento en esa época y justamente a causa de eso, no habría debido abandonarlo. Si creyó que podía anarquizar el sindicalismo, debió ver que se engañó. Ha sido devorado, absorbido como tantos otros por un ambiente general que no entro a discutir aquí.*

(38) *No puedo figurarme que yo haya hablado entonces de una "anarquía individualista", sino que habría contrastado la independencia de Pouget en su* Père Peinard *con la pérdida de esa independencia en la* Voix du Peuple, *donde fué siempre penosamente afectado al verlo en ese pequeño departamento que compartía con otros — como un pobre pájaro enjaulado — rodeado de hombres que tenían otras preocupaciones que la anarquía, y hablando de ésta muy bajo y en tono resignado. Salí siempre con una impresión dolorosa. Quisiera agregar que no soy ciertamente yo el que hablé de Nietzsche, a quien tomé siempre por un autoritario y de quien no tenía ninguna razón para hablar en una discusión sobre los anarquistas. Pero Kropotkin tenía el hábito de identificar un poco precipitadamente (según mi opinión) las corrientes anarquistas que le desagradaban, con las ideas de Nietzsche, y luego combatirlas al combatir los aspectos débiles de Nietzsche.*

(39) *Esto responde a observaciones que hago a menudo a mi utopía, si se quiere, al preguntar si la humanidad no podría aprovechar para las luchas sobre el régimen político y social, la experiencia que ha adquirido a costa de grandes esfuerzos en el terreno de la ciencia, de la religión, etc. Se ha visto aquí que era imposible detener la expansión de la ciencia e igualmente generalizar una concepción religiosa cualquiera. He comparado el siglo XVIII en que los mejores espíritus, aun manteniendo muy alto el pensamiento libre, han sabido al mismo tiempo preconizar la tolerancia mutua, para preparar también el siglo XIX en el cual en suma las diferentes religiones se convirtieron en objeto de indiferencia general — con los siglos fantásticos, el XVI y XVII, que no sólo vieron revoluciones, sino tantas guerras y acciones de Estado crueles, miserables y sórdidas bajo pretexto religioso, lo mismo que el nacionalismo origina tantas revoluciones nacionales como guerras no menos crueles y sórdidas. Había preguntado a Kropotkin y a tantos otros, si sobre el terreno de los diferentes matices anarquistas — de ese movimiento de ideas libertarias que para algunos millares está aún en el papel o en las palabras, en algunos centenares, si no menos, de personas que toman la pluma — si no era posible llegar al menos en ese pequeño terreno — extendiéndolo luego — a un medio para cesar el entredesgarramiento, para cesar de querer cada cual universalizar su idea, o la idea de su grupo. Recibí siempre respuestas como ésta, el más rígido non possumus. Si falta de antemano la voluntad de hacer el menor esfuerzo, si además se considera absurdo tal esfuerzo, peligroso, ruinoso, ¿entonces? Pero observemos que las masas que han hecho las revoluciones del pasado estaban al menos unidas en su comienzo — y nosotros tenemos el mayor cuidado de estar desunidos de antemano....*

(40) *Milán en mayo de* 1898, *Barcelona en* 1901; *hubo también en* 1901—1902 *esfuerzos huelguistas bastante fuertes en Trieste, Bélgica, Estocolmo, Lemberg, entre los mineros franceses, los* dockers *holandeses, etc.*

(41) *Había dicho que creía ver en el sindicalismo — tal como lo consideraban a menudo entusiastas anarquistas — un peligro semejante para el anarquismo, como el parlamentarismo obrero (socialdemocracia) había sido para el socialismo autoritario — un abismo que nos traga o un mar que diluye nuestras ideas y las vuelve anodinas.*

(42) *Esta carta manuscrita, fechada el* 5 *de marzo, no me fué expedida hasta el* 21 *de abril con esta nota escrita a máquina:*

BIBLIOGRAFIA

Literatura sueca.

En la sección que le dedica una revista francesa a las literaturas nórdicas, y en especial a las escandinavas, hay una crónica del escritor sueco Evynd Johnson, que se propone resumir en unas cuantas líneas el movimiento literario de aquel país.

El autor de los "Cuadros extranjeros", novela traducida ya al francés, ha sido apodado *reagchsnerve*. Es una sensibilidad que reacciona inmediatamente contra toda nueva tendencia de la vida espiritual. El título "El arte de marchar en puntas de pies", es bastante sugestivo por su sesgo irónico. He aquí cómo se expresa de la nueva generación de literatos y poetas, advenida después de la gran contienda:

"La literatura sueca de post-guerra rebosa de salud. La esperanza eterna y un mucho celestial fué puesta a la moda, y en cambio de emprender algo para mejorar el paraíso terrestre, se apresuraron a pedir un abono para el cielo. De pronto y de una sola vez, la vida fué espiritual, nada más que espiritual. Un grupo de jóvenes partió para la siembra. Algunos sembraron rosas rojas, mas los tallos tenían espinas, y se sangraron las manos. Otros sembraron las flores azules de la esperanza celeste. Lo hicieron de tal manera, que se juraría que en su vida no han hecho otra cosa. No obstante que antes habían también sembrado rosas rojas. Hablaron también del paraíso terrestre del pueblo santo, que después de millares de años marchaba en las tinieblas hacia la luz.

Era la joven *literatura proletaria*, que pretendía comprender, ensalzar el obrero, y que muy pronto dió una media vuelta disgustada, se alejó de los hombres para contemplar las estrellas.

Dios dominó, Dios fué la única finalidad; al diablo se le echó del jardín de las almas. Se tuvo entonces visiones celestes. Se escuchó voces angelicales, desde las nubes; una voz para la primavera y la otra para el otoño, pues, en Suecia, la producción literaria no conoce más que dos estaciones: primavera y otoño.

Un solo hombre predomina en ese grupo de escritores *proletarios*, o sea de tendencias sociales. Es Gustavo Hedenvind-Eriksson. No se ha perdido en la soledad divina, como muchos otros, y no ayuna públicamente como alguno de los faquires de allá, del Norte. No escribe sobre su alma y sí para su alma o su espíritu; desde su yo interior y profundo emergen bizarras criaturas humanas que algunas veces se las encuentra entre las páginas de sus libros. Su experiencia de la vida abarca muchos horizontes. Durante muchos años viajó a pié, no solamente en las regiones nórdicas, dentro de los reinos de las floréstas y de las nieves eternas, y sí también visitó los trópicos. Como marino, contempló varios mares. Hay tempestades en sus libros, la existencia que nos pinta es dura y difícil y los seres que nos muestra no son las criaturas de las solitudes divinas y de las flores azules. Es soñador y realiza a la vez. Su lengua es bella y muy original.

Sí; aun existe otra excepción, entre los jóvenes: Carlos Augusto Bolander. No se complajo en colocar a Dios en el lugar de los hombres, ni le plugo de ser de aquellos que caminan en puntas de pié por miedo de incomodar a los faquires, vestidos con blancas túnicas de lino. La obra de Bolander, como así la de Hendenvind, es social, en el concepto más bello de la palabra. Escribe valerosa y vigorosamente, hecho muy raro en Suecia, donde *Nuestro Señor* y el alma de la burguesía, así como los viajes a los baños de mar, ocupan un 90 o|o de la literatura sueca.

El arte de caminar en la punta de los pies no es más un arte en la literatura sueca; es ya una costumbre inveterada. No se habla de los viejos; ellos pertenecen a otra época, y sí de la juventud.

Algunos se van al campo para cantar las glorias de Dios; otros ensayan olvidar el pasado, probándose como filósofos de tendencia religiosa, publicando en la gran prensa... y así los demás.

La *joven* literatura sueca, camina prudentemente, sobre las puntas de sus pies.

"Puntas de Fuego" — Narración argentina). — Juan Ferro.

Si Zola, por su energía intelectual de ciclope, se pudo otorgar el soberano lujo y la penosa tarea de describir cíclicamente la historia de una numerosa familia y de su ambiente; y hacer de cada principal personaje una particular novela, confiriéndoles a todos una determinada actividad, desde el genio, profesando ciencias, al estadista, al artista, hasta llegar al obrero y reunirlos luego en un árbol genealógico de los Rougon Macquart, Juan Ferro, con más modestia y menos poder, hizo una miniatura de lo que el genial obrero hiciera, vastos frescos de dolor, de miseria y de barro y sangre.

Guardando las inmensas distancias, existe cierto paralelismo de intenciones. Ferro cuenta sucintamente y con suma llaneza la historia del jefe de una familia enriquecida, que en su juventud fué uno de esos inmigrantes que pisan el país sin más riquezas que sus vibrantes energías y una gran voluntad de apoderarse de algo, ya trabajando o haciendo cualquier cosa. La obsesión es *hacer la América* antes que América los sepulte, los aniquile. En esta lucha canibalesca no siempre triunfa ni logra éxito el más inteligente, ni el más fuerte en el sentido físico, sino el más astuto, el más carente de escrúpulos, en una palabra, el más pillo, qu sea suficiente avisado en guardar las apariencias y marchar al bordo del código penal, sin caer en una de sus apretadas mallas. Las mayores fortunas, las más gigantescas, los blasones ganade-

ros y agrícolas de más copete, tienen los mismos orígenes espurios del pillaje, del robo legalizado, del despojo al pobrerío con arteras artimañas. Y son siempre quienes comercian *honradamente* en las colmenas donde todos trabajan y se confían a ellos que demuestran ser más *prácticos* que los candorosos y toscos productores.

Es el caso de un supuesto Juan Canal, personaje principal de este bocéto novelesco. En un rincón de una provincia se funda una colonia con una cincuentena de familias. No poseían ellas más que un arado, una yunta de bueyes, una vaca, gallinas y buena disposición para el trabajo. "Todos trabajaron durante tres años, con suerte varia, y casi todos también hubieran seguido trabajando en las mismas condiciones quién sabe cuántos años más. Pero...hubo el jefe de una de ellas, llamado Juan del Canal, que más astuto, más audaz y con menos escrúpulos que ninguno, propuso a sus vecinos formar una cooperativa de consumo, demostrándoles que mediante acciones de $ 100 cada una podía él venir a Buenos Aires y comprar todo lo necesario para la colonia. Se construiría un local central y él suministraría todo lo necesario a precios más bajos."

Así comienza esta narración que se tilda de argentina, no por las aparentes razones de un regionalismo pintoresco, sino por el color moral, o más bien por el matiz de la moralidad, que siendo la misma de todos los poderosos de la tierra, cambia precisamente por matices.

Ya puede imaginarse el lector lo que ha de suceder luego. Juan del Canal se instala en su nuevo local con sus cuatro varones y dos mujeres. Allí se recibe el correo, convirtiéndose en punto de reunión y don Juan es el consejero obligado de todos, sirviéndole esas preciosas informaciones para tender sus redes. Con las especulaciones en las mercaderías, con los descuentos y las comisiones pagadas por los acopiadores, puede en un par de años redondear una gruesa fortuna. Hay que esperar la perspectiva para quedarse como único dueño de la Cooperativa. Esta se presenta, en un año de absoluta carestía, entonces él hace vender sus acciones a mitad de su precio, manifestando se iba a una bancarrota segura, y cuyo señuelo induce a los colonos a desprenderse de las suyas por lo que les den, siendo compradas por un testaferro puesto por el mismo Canal.

Ya rico, envía los hijos a la universidad de la capital. Sigue, mientras sus vástagos estudian para doctores, a excepción de Roberto — quien representará el panel del rebelde de la familia — a consolidar su posición, "prestando dinero a los necesitados, simulando no tener ningún apuro para que le fuera devuelto, pero haciéndoles firmar "por fórmula", un documento que no tenía "ningún valor".

Breve, a la vuelta de veinte años, la colonia, como antes la cooperativa, pasaba a ser de su exclusiva propiedad. Su ensueño ahora es construir un suntuoso chalet en un barrio aristocrático, en la capital, para que no fueran a confundirlo "con cualquiera". Después de haber sido birlado a su vez tontamente por arquitectos, constructores, muebleros y costarle una verdadera fortuna ese palacete, toma posesión de Buenos Aires con su familia crecida, hijas mozas e hijos diplomados. José, el mayor, se había recibido de abogado, Enrique en medicina y Raúl, habiendo ingresado en una gran casa de comercio, "había avanzado tanto en su carrera comercial que estaba pensando en eliminar a su socio y quedarse dueño absoluto." Roberto sigue estudiando agronomía libremente.

José, instalado lujosamente en la Avenida de Mayo, hace de su estudio un centro de reunión de "numerosos políticos, hombres sin escrúpulos, viviendo únicamente del chisme y de la intriga, siempre prontos a venderse al mejor postor, con tal de estar en el tapete, donde actúa la baraja política." De ese ambiente de turbias pasiones sale su candidatura a diputado, la que los ases políticos harán fracasar. Sus compañeros de francachelas protestan, prometiéndosele un puesto de juez, para resarcirle. Al padre, que le insinuaba que la diputación resultaría más *práctico*, José solía contestarle:

—No crean eso. A mí me parece que esto es más *práctico*, porque como diputado puedo estar cuatro años y como juez quién sabe cuántos, pues estos son puestos inamovibles, y no cometiendo alguna cosa que pueda tener trascendencia, se puede estar en el puesto durante años. Tú comprenderás, papá, aquello es una gotera continua; además yo pienso extremar la rectitud. Que no esperen los reos la menor indulgencia. Al primero que robe cualquier cosa y caiga bajo mis manos, ya verá cómo me encargo de aplicarle el máximum de la pena, sin miramiento de ninguna clase.

Para mí no hay delito mayor que el que comete un individuo apoderándose de lo ajeno, y si me gusta ser juez, es para castigar a los que se preocupan de explotar al prójimo: como el almacenero que te apunta de más en la libreta; el panadero que te roba en el peso; el carbonero que te roba en el peso y te entrega alguna bolsa de menos; el chofer, al que siempre le faltan las monedas para completar el vuelto; los sirvientes que te roban las cucharas y el azucar... ya verás cómo van a quedar esos.

Siguiendo con estas transcripciones, se abultaría demasiado esta crónica, sin que logremos dar la nota de conjunto. Destacar algunas muestras de la narración era necesario para que asomase la fisonomía del autor.

Resumamos la acción. Enrique, el médico, se halla al mismo nivel moral de su hermano José, como juez, y Arturo, como dueño de una gran casa comercial. Si este buen perillán se ingenia deshaciéndose de su socio y hace prender y condenar a un empleado suyo por haberle encontrado tres pares de medias en el sobretodo, Enrique sabe urdir ardides para hacer operar enfermos de apendicitis, que no tenían apendicitis, repartiéndose con el cirujano las exhorbitantes sumas cobradas a fin de reponer las pérdidas al pocker. El único que se salva de esa corruptela es Roberto, quien cada vez se engolfa más en la labor de agrónomo con definidos alcances sociales. Su ferviente preocupación por los desheredados le sindica como un simpatizante de las ideas anarquistas, y aun más por su radicalismo, arrancando de cuajo los prejuicios sociales. Dijérase que éste es un personaje simbólico, contrapuesto a figuras deleznables y de baja catadura ética. A pesar que no haya ni una sola acción, ni un solo detalle que no sea verosímil.

A la muerte del padre Juan del Canal, sobreviene la bifurcación de los dos caminos que emprenderán algunos miembros: José, encargado de la ejecución testamentaria, cobra en complicidad con un colega, una cantidad subidísima; Enrique, de acuerdo con el médico y Arturo con la empresa de pompas fúnebres, cargan la mano. Entonces Roberto, el más expoliado, entre las hermanas y la madre, renuncia a su parte de herencia para legársela a la Sociedad Nacional de Inventores.

Días después cita a la familia, descubriendo todas las infamias cometidas en ese trance por sus hermanos y tras de haberles relatado la historia de sus bajezas, se despide con estas palabras:

—Por fin, para terminar, os diré que sois una banda de ladrones, con quienes yo no quiero tener contacto. Quedáos con vuestras *cosas prácticas*, y dejadme vivir con mi idealismo, como lo llamáis vosotros, pues al menos tendré la satisfacción de saber que jamás hice mal a sabiendas.

Si esta historia moral y física de una familia lo serán también de 50.000 y es lo que explica sobradamente que se haya elevado al rango de una institución sagrada la *viveza criolla o extranjera*. Libro de pocas páginas, escrito sin pretensión alguna, literaria o estilista, por alguien que no es escribidor de oficio, sólo atento a expresarse lo más correctamente posible, sin importarle un ardite las repeticiones y las incorrecciones de sintaxis, tenso en su preocupación de acumular hechos, pruebas fehacientes de la corrupción que mina las altas clases sociales de aquí, diferenciándose de las de otros países por la zafiedad de espíritu bajamente materialista.

Libros recibidos.—

"El Vencedor", por Pedro Giménez. Novela que obtuvo el primer premio en el concurso literario espiritista argentino. — Prólogo de Arturo Montesano Delchi.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

(*Continuación*)

ESCENA VII

Eulalia, después Piedrabuela.

(*Piedrabuela entra por el Portalón y sube al vestíbulo; se sorprende de ver a Eulalia*)

Piedrabuela. —¡Eulalia!

Eulalia. (*Saliendo de su postración, súbitamente, hostil*) —¿Ya aquí, otra vez? ¿Qué buscas?

Piedrabuela. —¿Tu marido?

Eulalia. —Aun no ha vuelto.

Piedrabuela. —¿Estás sola?

Eulalia. —¿Qué quieres?

Piedrabuela. —Quisiera hablarte, quizás nos entenderíamos.

Eulalia. —¡Nunca!

Piedrabuela. (*Persuasivo*) —Oye, quizás...

Eulalia. —Vete!... Pero no, siéntate; hablaremos.

(*Piedrabuela se sienta*)

Piedrabuela. —No sé por qué te opones tan rotundamente...

Eulalia. —Me opongo porque, aunque no hubiese razones morales que hacen absurdo ese matrimonio, hay una razón material que lo hace imposible, monstruoso.

Piedrabuela. —¿Y cuál es esa razón?

Eulalia. —¡Justa es tu hija!

(*Estupefacción*). (*Pausa*).

Piedrabuela. —¡Mi hija?

Eulalia. —Tu hija, sí, nuestra hija!

Piedrabuela. —¡Eulalia!

Eulalia. —No tienes de qué asombrarte. Justa es el fruto de nuestros amores ilícitos; de mi amor, porque tú no amaste ni amarás, tú deseas simplemente; ayer a mí, hoy a mi hija, a tu propia hija.

Piedrabuela. —Tú siempre insultante para conmigo, eres rencorosa; a pesar de los años transcurridos aun me odias.

Eulalia. —Te odié porque te amé mucho, porque me hiciste faltar a mis deberes para abandonarme. Te odié, sí; pero hoy ya no te odio, hoy te desprecio, simplemente.

Piedrabuela. —¿Me desprecias?

Eulalia. —Con toda el alma. Aun cuando no mediara ese secreto, me opondría a que te casases con mi hija.

Piedrabuela. —Bien. Ese secreto es falso. Es una fábula que arguyes ahora.

Eulalia. —Te juro que es cierto! Justa es el fruto de nuestros amores. Ni antes de conocerte ni después que me abandonaras tuve hijos. Justa no es hija de Rosarondo.

Piedrabuela. —No te creo.

Eulalia. —¿No me crees? ¡No quierés creerme, monstruo! ¡Qué, serías capaz de casarte con tu propia hija, aun sabiéndolo? ¡Vil!

Piedrabuela. —No me insultes, Eulalia.

Eulalia. —Ya te entiendo, sí; simulas no creerme para eludir la responsabilidad moral, es una vieja maña tuya; pero no importa. Sabré desbaratarte. (*De pié, con arrogancia, imperiosa*) ¡Vete!

Piedrabuela. (*Como subyugado toma su sombrero y bastón*) —¡Eulalia!

Eulalia. —¡Vete! Sacrificaré mi honra; pero impediré que cometas un crimen más, incestuoso! ¡Vete!

Piedrabuela. (*De pié*) —¿Me expulsas?

Eulalia. —¡Vete!

Piedrabuela. (*Ya en la escalinata, pronto a irse*)—Buenas tardes.

(*Ella no responde; soberbia, lo mira con un gesto de profundo desdén*). (*Larga pausa*) (*El se aleja, humillado. Eulalia se retira*).

ESCENA VIII

Piedrabuela, después Rosarondo y Saturnino.

(*Piedrabuela va atravesando el jardín, despaciosamente. Casi al cruzar el portalón se halla con Rosarondo y Saturnino que entran.*)

Rosarondo. —Piedrabuela! Feliz encuentro. Fracasó nuestra táctica, amigo. Ni usted dió con el joven ni yo con mi hija; y mi mujer ya ha hablado a los dos. Por casualidad lo hallé en el camino, y lo traía para que hablara con usted.

Piedrabuela. —El señor entonces estará enterado de mis pretensiones...

Saturnino. —Sí, caballero, estoy enterado de sus ridículas pretensiones; y le aconsejo que desista de ellas.

Piedrabuela. —Joven, es necesario que hablemos sin alterarnos.

Saturnino. —Es inútil, caballero. Amo a Justa y por nada en el mundo renunciaría a ese amor. Por otra parte, aun cuando fuese yo tan miserable, Justa no querrá casarse con usted. Acaba de decírmelo. (*Agresivo*) Está usted haciendo un papel bien triste, doctor Piedrabuela, bien triste y bien ridículo para un hombre de su edad!

Rosarondo. —Joven, joven; no es así como arribaremos a algo.

Saturnino. —¿Y cree usted que entre el doctor y yo podremos arribar a algo en este asunto? ¡No! Sólo hallo una solución: que el doctor abandone sus pretensiones, porque... (*Suspensivos amenazantes*).

Rosarondo. —¿Porque?...

Saturnino. —¡Porque estoy dispuesto a abofetearlo en público y obligarlo a batirse. ¡Y a matarlo!

Rosarondo. —Vea que es casi un anciano el doctor.

Saturnino. —Es casi un anciano con arrestos de joven. ¿No pretende a mi novia?

Piedrabuela. —Señores: todas estas son palabras, palabras vanas en medio de las cuales nos perdemos. Señor Rosarondo: usted me va a permitir que hable a solas con el joven. Vamos a retirarnos. ¿Quiere acompañarme usted, joven?

Saturnino. —Vamos, vamos. Señor Rosarondo (*Se saludan*)

Rosarondo. —Adiós, amigo Tobal.

Piedrabuela. —Amigo... (*Se dan las manos que mantienen unidas durante el diálogo*).

Rosarondo. —¿Y cómo sabré el resultado de la entrevista de ustedes?

Piedrabuela. —El joven le traerá la respuesta, si la respuesta... afirmativa. Je, je, je!

Rosarondo. —Ja, ja, ja! ¡Qué doctor este! (*Lo palmotea en la espalda, expansivo*).

Piedrabuela. (*Hosco*) —Adiós.

Saturnino (*Cordial*) —Buenas tardes.

Rosarondo. —Buenas tardes, mis queridos amigos! (*Los acompaña hasta el portalón. Ellos desaparecen. Los mira alejarse. Pausa. El sube al vestíbulo. Se destoca, llama la campanilla, enciende un habano. Pausa*).

Mucama. —¿Señor?

Rosarondo. —Llame a mi hija.

Mucama. —Está bien, señor. (*Se retira. Pausa*) (*Rosarondo fuma tumbado en un sillón*).

ESCENA IX

(Rosarondo y Justa)

Justa. —¿Me llamabas papá? (*Se sienta*).

Rosarondo. —Sí, hija, deseo hablarte... Tú sabes, por tu madre seguramente, que el doctor Piedrabuela...

Justa (*Interrumpiéndole*) —Sí, ha venido a pedir mi mano.

Rosarondo. —Así es, hija mía, ¿y?

Justa. —Y que estoy dispuesta a casarme con él.

Rosarondo. —¿Dispuesta? ¿Sí? ¡Hija querida! (*Se levanta y va a abrazarla*)

Justa (*Con un gesto duro lo contiene*) —Ahórrate el abrazo.

Rosarondo. (*Sorprendido y disgustado*) —¡Hija!

Justa (*Como si no reparara en ello*). —Ya sabes que mamá se opone rotundamente.

Rosarondo. (*Sentándose*) —Yo la sé; pero tu madre siempre ha sido así: una tonta.

Justa. —No, papá, una mujer honrada.

Rosarondo. —¿Entonces tú crees que tu padre?...

Justa. —Sí creo, papá. Esa alegría tuya me lo demuestra una vez más aún.

Rosarondo. —Es alegría de padre, la sagrada alegría del padre!

Justa. —Sí, el padre salvado de la ruína.

Rosarondo. —¡Muchacha!...

Justa. —¿Y por qué te alegra tanto mi casamiento, entonces?

(*Concluirá*)